



CHRISTUS
REVISTA DE TEOLOGÍA,
CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL

No. 851 / Año LXXXII / \$100



**CONSTRUIR PAZ EN UN MUNDO
CONFLICTIVO**

GIOVANA PATRICIA RÍOS GODÍNEZ

GEPOLÍTICA DE LA ESPERANZA

JUAN LUIS HERNÁNDEZ AVENDAÑO

**EL EVANGELIO COMO SIGNO DE
ESPERANZA Y PAZ**

LUIS MANUEL VIZCAINO GUEVARA



LA PAZ EN TIEMPOS DE GUERRA

Damos la más cálida bienvenida al padre Nerio Solís Chin, S.J., quien se integró en mayo de 2025 a los trabajos de nuestra Comisión Teológica, y que a partir de ahora nos acompañará también como representante en el Comité Editorial. Asimismo, damos la bienvenida a Alejandra Nájera, comunicadora, y a Felipe Monroy, periodista de temas eclesiales. Su experiencia y ojo crítico sin duda abrirán nuevas rutas para nuestro proyecto.

En esta Navidad, conscientes del tiempo oscuro y doloroso que vive el mundo, renovamos nuestra certeza: sólo a través de La Palabra podemos reencontrarnos en nuestras diferencias. Que el Niño Jesús —nacido en la intemperie y portador de esperanza— nos acompañe en este andar y siga siendo luz para quienes creemos que otra realidad es posible. Desde *CHRISTUS* abrazamos a cada integrante de esta comunidad que piensa, sueña, escribe, lee y escucha con nosotros.



¡Síguenos en redes sociales!

📘 RevistaChristus

📷 @revistachristus_

👉 nas.io/es-mx/revista-christus

Visita nuestro sitio web:

<https://christus.jesuitasmexico.org/>

Escucha *Ve y diles*:

<https://spoti.fi/4fxkATt>

CHRISTUS
REVISTA DE TEOLOGÍA,
CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL
No. 851 Año LXXXII trimestral

COMITÉ EDITORIAL

Pedro Antonio Reyes Linares, S.J. (coordinador)
Alejandro Cárdenas López
Nerio Solís Chin, S.J.
Carlos Jesús Araujo Torre
Sofía Irene Ortega Simón
Cristina Paloma Robles Muro
Francisco Urrutia de la Torre
Manuel Verduzco Espinoza
Alejandra Nájera
Felipe Monroy

COMISIÓN TEOLÓGICA

Carlos Cervantes, S.J.
Raúl Cervera, S.J.
Gerardo Cortés, S.J.
Nerio Solís Chin, S.J.
Javier Garibay, S.J.
Luis Arturo Macías, S.J.
Sebastián Mier, S.J.
Jorge Ochoa, S.J.
Álvaro Quiroz, S.J.
Arturo Reynoso, S.J.
Pedro de Velasco, S.J.
Alexander Zatyryka, S.J.

Fe de erratas: en el texto *CHRISTUS*, un archivo histórico para la esperanza, publicado en el número 850 y firmado por Cristina Paloma Robles Muro, se consignó de manera errónea el nombre del Provincial que creó la Comisión Teológica de la revista. El nombre correcto es Francisco Magaña, S.J., y no Carlos Morfin, S.J. La versión digital fue actualizada con esta corrección el 2 de julio de 2025.

Imagen de portada: ©NewAfrica, Depositphotos
Imagen de tercera de forros: ©Miguel Narvaez, Catholic
Algunos elementos gráficos de las secciones han sido diseñados usando imágenes de Freepik.com
Algunas imágenes que aparecen en la revista se publican en términos de lo que establece el artículo 148 de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Se permite la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma o medio, con propósitos educativos y sin fines de lucro, sin que sea necesario obtener autorización expresa por parte de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, A.R.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

CHRISTUS REVISTA DE TEOLOGÍA, CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL
No. 851 Año LXXXII, octubre–diciembre de 2025, es una publicación trimestral editada y distribuida por la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, A.R., Av. Río Churubusco núm. 434, Colonia del Carmen, Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04100, teléfono: 55 5533 5835. Editor responsable: Pedro Antonio Reyes Linares. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo 04-2023-011210031400-203, otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número, Pedro Antonio Reyes Linares, 1 de octubre de 2025. Fecha de publicación: 1 de octubre de 2025.



CHRISTUS REVISTA DE TEOLOGÍA, CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL

Octubre | Noviembre | Diciembre 2025

2 EDITORIAL

4 MIRAR DE CERCA

El convulso segundo
mandato de Donald Trump
Jorge Rocha Quintero

39 ESPIRITUALIDAD

Recibidos en la paz
Pedro A. Reyes Linares

43 OTRAS SABIDURÍAS

Diálogo interreligioso con
perspectiva social
Elías González Gómez

46 EN SU PROPIA VOZ

Este pan también es tuyo
*Maximiliano Fernández
Rojas, S.J.*

49 DESDE OTROS OJOS

El cuento de la criada:
nadie se salva solo
Cristina Paloma Robles Muro

51 EL LIBRERO DE CHRISTUS

Carta de amor de un ateo
anticlerical a
un papa jesuita
*Juan Carlos Zavala
Jonguitud, S.J.*

53 NO SÓLO DE PAN...

*Maximiliano Fernández
Rojas, S.J.*

60 LAS PALABRAS DEL PAPA

CUADERNO



Foto: © grimaldello, Depositphotos

8 PARA LEER EL CUADERNO

10 Construir paz en un mundo conflictivo

Giovana Patricia Ríos Godínez

15 Geopolítica de la esperanza

Juan Luis Hernández Avendaño

21 El Evangelio como signo de esperanza y paz

Luis Manuel Vizcaíno Guevara

26 Mediación para una paz duradera

Claudia Estrada Carreón

32 10 años del CIAS por la Paz

Gilberto Lenin Torres Lázaro

CHRISTUS REVISTA DE TEOLOGÍA, CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL | No. 851 | Año LXXXII trimestral

DIRECTORIO

Luis Gerardo Moro Madrid, S.J.
Provincial de la Compañía de Jesús en
México

Alexander Paul Zatyryka Pacheco, S.J.
Rector del ITESO,
Universidad Jesuita de Guadalajara

Carlos Jesús Araujo Torre
Director de Relaciones Externas del ITESO,
Universidad Jesuita de Guadalajara

Pedro Antonio Reyes Linares, S.J.
Director de la revista

Narce Delia Santibáñez Alejandre
Directora de Comunicación de la Provincia
Mexicana de la Compañía de Jesús

EQUIPO EDITORIAL

Editora: Cristina Paloma Robles Muro
Editora de fotografía: Lalis Jiménez

Editor de la sección *Otras sabidurías*:

Elías González Gómez
Editora de redes sociales:

Karla Paola Martínez García
Cuidado de la edición: Oficina de
Publicaciones del ITESO

Diseño y diagramación: Beatriz Díaz Corona J.



EDITORIAL

¿Cómo entender las guerras que nos tocan vivir en el presente? Hasta 1945 los conflictos armados de escala internacional se debatían entre Estados que reconocían mutuamente la legitimidad de sus «adversarios». Incluso en medio del horror existía la posibilidad de sentarse a negociar y firmar acuerdos de paz.

Pero lo que presenciamos hoy es distinto. La invasión de Rusia a Ucrania, el genocidio de Israel contra el pueblo palestino y la escalada bélica contra Irán, respaldada por Estados Unidos y financiada con presupuestos militares europeos y de otros miembros de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte, no son guerras regulares entre Estados. Se trata de guerras raciales cuyo fin no es neutralizar al adversario, sino eliminar lo que cada bando define como «enemigo». Un enemigo moralmente concebido por ambos ejes mundiales —Occidente y Oriente— y que destruye toda posibilidad de reconciliación. Y, en medio de ese escenario, transmitido en tiempo real desde las redes sociales, pareciera que cada persona puede elegir en qué narrativa vivir.

¿Qué política están dejando de lado las élites del mundo al decantarse por la guerra? La po-

lítica del bienestar social, la de los derechos humanos, la de una vida libre de violencia, la del diálogo y, sobre todo, la de la paz. Sólo así se entiende por qué la Organización de las Naciones Unidas parece haber dejado de ser un órgano garante de la convivencia entre los pueblos.

Las promesas democráticas se transformaron en gestos formales que ya no respondían a las necesidades más elementales: el acceso digno a la vivienda, a la salud, a la educación, a la seguridad y al trabajo. Así, en un terreno fértil para el desencanto y la rabia, los proyectos autoritarios encontraron la oportunidad de reaparecer con fuerza. Esos mismos gobiernos hablan hoy de paz, pero imponen su voluntad y la destrucción de los adversarios.

«La guerra siempre es una derrota», decía el papa Francisco. León XIV añade que «no resuelve los problemas, sino que los amplifica y produce heridas profundas en la historia de los pueblos». En su sentido, el llamado es a la paz, una encarnada en el diálogo y la vida humana.

Equipo editorial de *CHRISTUS*







EL CONVULSO SEGUNDO MANDATO DE DONALD TRUMP

Jorge Rocha Quintero

La llegada de Donald Trump a su segundo mandato como presidente de Estados Unidos para el periodo de enero 2025 a enero 2029 ha generado una serie de dinámicas globales que han dado paso a crisis en varias agendas internacionales. El magnate republicano ganó las elecciones de noviembre de 2024 de forma muy contundente: consiguió 312 votos electorales, mientras que Kamala Harris, del Partido Demócrata, tuvo 226.

En la Cámara de Representantes el Partido Republicano obtuvo 220 escaños y el Partido Demócrata 215, cuando la mayoría se alcanza con 218 diputados. En el Senado los republicanos lograron la mayoría con 53 senadores, frente a 47 de los demócratas. Estos resultados le concedieron a Donald Trump la ventaja necesaria en ambos órganos legislativos y una fortaleza política que no había tenido en su primer mandato.

En su campaña política el entonces candidato del Partido Republicano enfatizó que Estados Unidos había perdido liderazgo en el escenario

internacional, señaló cómo el consumo de drogas se había incrementado de forma muy preocupante, y convirtió a las personas migrantes en las culpables de buena parte de los problemas que aquejan a las y los estadounidenses. Su lema «Make America Great Again» fue la narrativa central de su propuesta política.

Ahora bien, la traducción práctica de estas propuestas es la instrumentación de medidas sumamente duras y frontales contra varios actores políticos, tanto de otros países como del propio Estados Unidos.

La guerra comercial y contra la globalización

Una de las medidas que el gobierno de Estados Unidos utilizó contra sus competidores y socios comerciales fue la imposición de aranceles de forma unilateral. Lo hizo con México y Canadá por el aluminio y el acero, pero también alcanzó a China, así como a diversos países de Europa, Medio Oriente, África y América Latina. Resalta el caso de Brasil, donde se mezcló una agenda política al pedir justicia para Jair Bolsonaro.

Frente al supuesto déficit comercial de Estados Unidos con otros países, Trump subió los

Doctor en Estudios Científico-Sociales en la línea de investigación de Política y Sociedad en el ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara.



precios de insumos y productos con el propósito de fortalecer su industria nacional; sin embargo, esta estrategia encareció precios, además de que no era posible reubicar de un día para otro los procesos industriales y agropecuarios, ahora en otros países, de vuelta en Estados Unidos. A la par de estas medidas se colocó un discurso que, con algunos argumentos sumamente serios, puso en entredicho los procesos de globalización económica que se impulsaron en todo el orbe hace cuatro décadas. Aún no sabemos si esta narrativa se generalizará aún más y si estamos ante el fin de la globalización como la conocemos.

La estrategia del gobierno de Donald Trump fue bien recibida en su momento entre sus simpatizantes, pero fue perdiendo apoyos al ver sus efectos. Esto ha provocado que la forma de actuar del presidente consista en lanzar amagos: primero realiza una declaración o medida muy dura y después la matiza o la pospone.

La guerra contra los migrantes

Una de las acciones más crueles del actual presidente de Estados Unidos es la de las políticas antiinmigrantes. La persecución y las redadas en contra de personas que no cuentan con una estancia regular en el país, realizadas a través de la Guardia Nacional y el Ejército con el objetivo de deportarlas a sus países de origen, se suman al endurecimiento de las reglas y los criterios para obtener visas de trabajo, así como a la política de retirar visas de turistas a quienes se considere que tienen vínculos con la delincuencia organizada. A ello se añade la pretensión de gravar las remesas que los migrantes envían a sus familias y la militarización de las zonas fronterizas con México, que ha hecho más riesgoso el paso de migrantes. También se observa la imposibilidad de que los hijos de estas personas adquieran la nacionalidad estadounidense a pesar de haber nacido en territorio norteamer-

icano, junto con un discurso permanente de criminalización que los acusa de quitar empleos a los estadounidenses y de incurrir en prácticas delictivas. Asimismo, se ha intensificado el asedio contra las ciudades santuario, donde se protege a las personas migrantes, y se han registrado actos de represión en contra de manifestantes que condenan las políticas de Trump, llegando incluso a imponerse un toque de queda en la ciudad de Los Ángeles, hecho inaudito en el país.

La guerra contra el fentanilo

En 2023 aproximadamente 107 mil personas murieron en Estados Unidos por sobredosis de drogas; en 2024 la cifra fue de 82 mil, la mayoría de los casos vinculados al consumo de fentanilo, sustancia identificada como principal responsable de estos decesos. Paralelamente, el aumento de personas sin hogar en numerosas ciudades estadounidenses resulta más que evidente y, en buena medida, también se asocia al consumo de fentanilo como una de sus causas. Este fenómeno, que constituye un problema real en la nación, ha sido además fuente de tensiones y conflictos con México. Donald Trump acusó al gobierno federal de estar coludido y de permitir el tráfico de drogas hacia Estados Unidos, y por ello ha exigido una acción más decidida a la presidenta Claudia Sheinbaum. Estas presiones derivaron en la aprehensión y extradición de líderes del crimen organizado, entre ellos Ovidio Guzmán, Ismael «el Mayo» Zambada, Joaquín Guzmán López, Rafael Caro Quintero y Vicente Carrillo Fuentes.

Otra de las acciones emprendidas por el gobierno de Donald Trump en esta materia fue la declaratoria de «terroristas» a los grupos de la delincuencia organizada de México, lo que implica que Estados Unidos se arroga el derecho de intervenir para combatirlos, contraviniendo así la soberanía nacional. Esta



medida también permite realizar acciones como el congelamiento de cuentas y activos tanto de los cárteles como de quienes colaboran con ellos dentro del territorio estadounidense. Los cárteles incluidos en esta declaratoria son: Sinaloa, Jalisco Nueva Generación, Unidos, Noroeste, Golfo y Nueva Familia Michoacana. Además, una de las situaciones que mayor expectación genera son las posibles acusaciones que puedan presentar Ovidio Guzmán, Joaquín Guzmán e Ismael «el Mayo» Zambada sobre las redes de narcotráfico en México, en busca de obtener beneficios ante las cortes estadounidenses.

La guerra contra los opositores internos

Donald Trump no sólo abrió frentes fuera de Estados Unidos, sino que también emprendió ataques contra las disidencias en su propio país. Entre los más notorios están las sanciones económicas y el retiro de apoyos a distintas universidades debido a su postura crítica frente a la política exterior estadounidense y a sus señalamientos contra las medidas impulsadas por el republicano. Entre las instituciones afectadas se encuentran Columbia, Harvard, el Instituto Tecnológico de Massachusetts, la Universidad de Pennsylvania, Pittsburgh, Emory, Vermont, North Carolina State, Washington y California en San Diego.

De manera paralela, el magnate republicano prohibió las ayudas de organizaciones internacionales que destinaban fondos a proyectos de defensa de los derechos humanos, fortalecimiento de la democracia y programas de desarrollo en países de América Latina, África y Asia. El caso más emblemático fue la cancelación de los apoyos de USAID, uno de los principales financiadores.

Las críticas y los ataques de Trump también alcanzaron a medios de comunicación; cade-

nas como MSNBC y CNN fueron acusadas de respaldar al Partido Demócrata. Esta forma de actuar responde a un mismo hilo conductor: vulnerar y desacreditar todos los núcleos de crítica hacia su gobierno con la finalidad de reforzar la narrativa de que sus acciones representan lo que verdaderamente necesitan las y los estadounidenses.

La guerra contra las libertades

Un sector que ha sido especialmente atacado por el presidente de Estados Unidos es la comunidad LGBTQ+, a la que ha descalificado y estigmatizado de forma muy violenta, intentándola replegar políticamente. Algunas de las acciones que ha emprendido en contra de este sector, a través de órdenes ejecutivas, son la eliminación del marcador de género «X» en pasaportes para personas no binarias, la revocación de protocolos de diversidad, equidad e inclusión en agencias federales y la propuesta de prohibición de mujeres trans en deportes femeninos. Todo esto acompañado de un discurso conservador en materia de familia e identidad sexo-genérica.

Lo anterior responde a un pensamiento supremacista que coloca lo masculino, lo occidental, lo blanco, lo capitalista, lo heterosexual y lo judeocristiano como lo más avanzado e importante en la civilización actual. Movimientos sociales de extrema derecha, como Alt-right, son una expresión de este tipo de posturas ideológicas.

La guerra en la franja de Gaza

Finalmente, el gobierno de Donald Trump apoyó a Israel en el conflicto bélico de la franja de Gaza, donde el genocidio hacia el pueblo palestino ha sido condenado prácticamente por todo el mundo por la crueldad con la que se han desarrollado estos eventos. El ataque militar de Estados Unidos en contra



Foto: © Ale_Mi, Depositphotos

de Irán generó enormes tensiones en el Medio Oriente. A pesar de que en el momento en que se escribe este texto hubo cese al fuego con Irán, es cierto que la intromisión militar de Donald Trump en este conflicto ha sido condenada incluso por la Iglesia católica, primero en la voz del papa Francisco y luego por León XIV.

La forma de actuar del republicano, lejos de abonar a la paz, ha recrudecido el conflicto y vulnerado aún más a las miles de víctimas de esta guerra en la que los intereses comerciales y geopolíticos prevalecen.

Breves conclusiones

El segundo mandato de Donald Trump ha sido sumamente violento y duro, con la im-

plementación de medidas directas contra actores políticos de otros países y del mismo Estados Unidos. Su forma de proceder ha descolocado a numerosos gobiernos nacionales, entre ellos el de México, y la inhumanidad de sus acciones ha resultado más que evidente. Lo que presenciamos es la instrumentación de una política inspirada en los postulados de la extrema derecha, en la que las personas son tratadas como simples recursos o mercancías. Apenas ha transcurrido medio año de este gobierno, que impone su agenda global de manera constante, frente a la inacción y la pasividad de muchos gobiernos nacionales. Habrá que mantenerse atentos, pues se vislumbra un escenario muy complicado para los próximos tres años y medio. 



PARA LEER EL CUADERNO

Hablar de paz en tiempos de guerra supone releer nuestra realidad con una perspectiva que se alimenta de las voces, los pensamientos y las historias que emergen como signos de esperanza en medio de la oscuridad del mundo. En los cuadernos de esta edición nos sumergimos en el análisis de una noción de paz que nos permita afinar la mirada y el compromiso frente a este nuevo tiempo mundial.

Iniciamos este recorrido con un texto de Giovana Patricia Ríos Godínez, en el que dialogamos sobre las propuestas de paz desde el enfoque de la academia, la cual nos ayudará a comprender este fenómeno en toda su complejidad. El segundo cuaderno, escrito por Juan Luis Hernández Avendaño, nos introduce en el concepto de la Geopolítica de la Esperanza, una postura colectiva orientada a cuidar a la comunidad en un territorio determinado —sobre todo el territorio local— y a defender la dignidad humana y la justicia social.

Luis Manuel Vizcaíno Guevara nos exhorta a descubrir el mensaje cristiano como una ruta de reconciliación a través de un camino que parte del pecado y la paz desde el Antiguo Testamento hasta la encarnación.

Por su parte, Claudia Estrada Carreón nos habla de la mediación como estrategia para mitigar los conflictos. Así, los mecanismos pacíficos como la negociación y la conciliación con enfoque restaurativo se presentan como una vía de esperanza para sanar heridas, transformar la vida de las personas y reconstruir el tejido social.

Por último, Gilberto Lenin Torres Lázaro escribe sobre el Centro de Investigación y Acción Social por la Paz, invitándonos a conocer esta obra jesuita en la que el perdón y la reconciliación delinean políticas de intervención en comunidades específicas, poniendo en diálogo saberes y experiencias al servicio de la paz.

Esperamos con estos cuadernos habilitar una conversación necesaria sobre la paz, aun cuando la violencia y la incertidumbre parecen imponerse en cada rincón del mundo. Entendemos la paz como un acto de resistencia que confirma nuestra dignidad humana, porque al nombrarla la hacemos posible. Reconocer que existen alternativas, que hay personas y comunidades que trabajan por sanar heridas y reconstruir el tejido social nos recuerda que ninguna guerra tiene la última palabra. ☒



Foto: © palinchak, Depositphotos

“

“La Geopolítica de la Esperanza es una posición colectiva para cuidar la comunidad en un determinado territorio, sobre todo el territorio local, orientada a defender la dignidad humana y la justicia social a través de proyectos que nutran un ethos que reanime la construcción/reconstrucción del tejido social”.

Juan Luis Hernández Avendaño



CONSTRUIR PAZ EN UN MUNDO CONFLICTIVO

Giovana Patricia Ríos Godínez

Escribir este artículo en momentos tan complejos se vuelve un reto epistémico y axiológico ante lo que para muchos es el fin de la era de los valores, los derechos humanos y la esperanza. Con más de 56 conflictos activos en el mundo, situaciones como el conflicto Israel–Palestina, Rusia–Ucrania, Israel–Irán y las graves guerras civiles en Sudán, Siria, Myanmar, además de otros conflictos importantes y cercanos como la guerra contra el narcotráfico, la crisis de desapariciones, las crisis ecológicas, entre otras, pueden sencillamente hacernos pensar que ningún concepto, institución o valor tienen la capacidad de explicarnos estas realidades y detenerlas. Sin embargo, es exactamente ante este momento histórico lleno de incertidumbre cuando necesitamos transitar a nuevos paradigmas del pensamiento, construir conocimiento y generar cambios en la forma de vivir que lleven a transformar conflictos y a construir paz.

Históricamente, después de la Segunda Guerra Mundial los estudios sobre paz y conflicto

estaban divididos por dos corrientes de pensamiento. La primera, con más fuerza en Estados Unidos, es conocida como «paz negativa», la cual considera que un país se encuentra en paz si no hay conflicto bélico. A partir de los años sesenta, y con una perspectiva estructuralista, en Europa se generó la conocida «paz positiva», basada en detener conflictos a través de intervenciones que produzcan cambios sociopolíticos y culturales, como explica Diego Checa en «Estudios para la paz: Una disciplina para transformar el mundo». Si bien estas dos visiones nos permiten sentar las bases de los estudios de la paz, la forma en que se vive el conflicto se convierte en un determinante de análisis para reconocer nuevas e innovadoras formas de actuar ante él.

El conflicto *per se* no es un concepto negativo; se puede comprender como un movilizador de energía ante una situación no deseada y, de esta manera, orientarse hacia fines constructivos capaces de transformar la realidad percibida. Es la violencia la que se debe detener para lograr procesos de reconstrucción asertiva.

El conflicto se observa a través de tres dimensiones. La más notoria es la que está basada en actitudes, en las cuales se manifiestan acciones que pueden ser agresivas, hostiles e incluso violentas. Sin embargo, existen también

Doctora en Ciencia Política especializada en políticas públicas en torno a la justicia alternativa, construcción de paz y género. Actualmente es académica de tiempo fijo en el ITESO, coordinadora de la Maestría en Derechos Humanos y Paz, y coordinadora docente del área de Conflicto y Paz.



otras dos: las conductas y el conflicto de raíz. Las conductas son aquellas que las personas adquieren y reproducen en su forma de relacionarse con el entorno; pueden ser pacíficas, pero también discriminatorias, estigmatizantes y violentas. El conflicto de raíz, en cambio, remite a causas más profundas arraigadas en valores sociales que se institucionalizan y que, en muchos casos, no responden a las necesidades humanas, generando violencias y desigualdades. Así lo señala Johan Galtung en su aporte de 1998, «Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución».

Estas tres dimensiones del conflicto se insertan también en tres tipos de violencia, que Galtung clasifica en dos categorías: una visible y dos invisibles. La violencia visible es la directa, también llamada física o verbal, caracterizada por ser represiva, dura, explotadora y enajenante. Se hace evidente a través de prácticas como las guerras, los desplazamientos, los daños materiales, los asesinatos y la violencia de género. Por su parte, la violencia cultural y estructural son invisibles: la primera se sostiene en mitos, glorias y traumas que legitiman la violencia directa, mientras que la segunda se manifiesta en los choques que surgen de las estructuras sociales, generando un mundo injusto, desigual y reticente al cambio.

Para Galtung es a partir de las 3R —*reconstrucción, reconciliación y resolución*— como se puede incidir en cada una de estas violencias. La reconstrucción actúa en el espacio visible, mientras que en el espacio invisible se encuentran la reconciliación y la resolución. La reconciliación abre la posibilidad de generar nuevos espacios de diálogo y entendimiento entre las partes en conflicto, donde es necesario el trabajo profesional en torno al trauma, la aceptación y el perdón. La resolución, en cambio, apunta a las raíces mismas del con-

flicto, transformándolo y construyendo nuevas instituciones sociales capaces de dar respuesta y evitar el escalamiento de las violencias. El trabajo de las 3R constituye una nueva mirada: la construcción de paz ante el conflicto.

Ahora bien, la construcción de paz no sólo puede determinarse por la ausencia de violencia, y menos en tiempos cuando el orden mundial y sus instituciones atraviesan una crisis sin precedentes. Los estudios de paz han evolucionado y reconocen otras dimensiones del conflicto y las violencias, que deben tomarse en cuenta para responder a la realidad social. En este sentido, la paz se reconoce como un fenómeno multifacético que incorpora aportes centrados en la eliminación de la discriminación, la igualdad de género y la búsqueda de la justicia. Desde esta perspectiva, la noción de «paz imperfecta» cuestiona la visión tradicional de la paz utópica e inalcanzable. Se plantea como un enfoque más realista y flexible, capaz de adaptarse a situaciones cambiantes y de reconocer la paz como un proceso —no un estado— en el que la gestión y la transformación de conflictos resultan indispensables. Como señala Jorge Bolaños en «Los hábitos de la paz: teorías y prácticas de la paz imperfecta», la paz reconoce tanto la imperfección humana como la del propio contexto, y con ello la necesidad de impulsar cambios sociales en escenarios complejos atravesados por el conflicto.

Además de la paz imperfecta, también existe otra noción denominada «paz territorial». Esta perspectiva pone el acento en un espacio geográfico determinado, con sus propias particularidades, donde es posible construir un entorno de paz y estabilidad social, de acuerdo con la académica Sandra Carolina Bautista en su artículo «Contribuciones a la fundamentación conceptual de paz terri-



Foto: © palinchak, Depositphotos

torial». Este tipo de paz se fundamenta en el reconocimiento de causas estructurales presentes en el territorio, como la exclusión y la desigualdad, así como en las realidades que enfrentan los actores involucrados en los conflictos. La paz territorial implica generar acciones y proyectos en los que instituciones gubernamentales, comunidades y otros actores colaboren en propuestas de incidencia que deriven en políticas públicas capaces de transformar pacíficamente el territorio.

En este contexto, han surgido otros aportes a los estudios de paz que cobran relevancia en el escenario actual. Entre ellos destaca la «paz Gaia» o «medioambiental», cuyo objetivo es promover nuevas formas de cooperación en-

tre actores sociales involucrados en conflictos, al tiempo que se construye un conocimiento transdisciplinar en torno al medio ambiente, como apunta Francisco Jiménez en su artículo «Paz ecológica y Paz gaia: Nuevas formas de construcción de paz». Esta noción invita a visibilizar a la naturaleza como un actante en el conflicto, al que es necesario otorgar voz para garantizar su preservación en armonía y vinculación con la humanidad. Sandra Carolina Bautista añade que hablar de Gaia implica una nueva teoría de la evolución de las especies, que ofrece una perspectiva ecológica a la teoría darwiniana al destacar la interacción y la interdependencia entre todos los seres vivos, con una capacidad autorreguladora y autorregulante, es decir una *autopoiesis*.



Cabe mencionar que la paz Gaia aún es un estudio en construcción. Johan Galtung, desde su propuesta de paz positiva, ha influido en esta conceptualización al enfatizar la importancia de reconocer las violencias culturales y estructurales, como explica Gerardo Herrera en su artículo «La paz GAIA, respeto y cuidados». Sin embargo, otros autores han aportado de manera significativa. Leonardo Boff, en «Somos Tierra que piensa, siente, ama y cuida», enfatiza la cultura del cuidado de la tierra, el respeto a la convivencia con la naturaleza y la interrelación profunda que tenemos con ella: «Por eso *hombre* viene de *humus*. Venimos de la Tierra y volveremos a la Tierra. La Tierra no está ante nosotros como algo distinto de nosotros mismos. Tenemos la Tierra dentro de nosotros. Somos la propia Tierra que en su evolución llegó al momento de autorrealización y de autoconciencia».

Asimismo, Félix Guattari ya en 1990 señalaba la relación subjetiva que tenemos con la naturaleza, advirtiendo que la crisis ecológica sólo puede enfrentarse desde una escala planetaria a través de una revolución política, social y cultural que reordene los bienes materiales e inmateriales. James Lovelock, por su parte, nos habla de la relación homeostática entre todos los seres de la naturaleza, que deben ser comprendidos como un sistema; cuando esto no ocurre se produce un rompimiento que lleva a una crisis civilizatoria. Autores como Alfonso Fernández y María del Carmen López llaman a un cambio de paradigma en nuestra relación con la tierra, que debe basarse en el cuidado de la comunidad de la vida a través del entendimiento, la compasión y el amor. Este cuidado, señalan, debe ejercerse de forma no agresiva e inteligente, atendiendo de manera real y responsable lo que denominan «la comunidad de la vida».

Los estudios de paz también han incorporado el interés en la paz feminista o la paz con perspectiva de género, cuyo propósito es la reducción de desigualdades y el reconocimiento interseccional de éstas. Considerados parte de las teorías críticas, los estudios feministas buscan deconstruir el sistema a través del cuestionamiento y la incorporación de nuevas epistemologías con enfoque en los derechos humanos. Desde los estudios de paz Gaia, Boff y Guattari han influido en la paz feminista al situar en el centro la relación entre la naturaleza y los seres humanos como condición para alcanzar una paz sostenible mediante valores y prácticas de cuidado. En este sentido, Irene Comins-Mingol, en su artículo «Horizontes epistemológicos de la investigación para la paz: una perspectiva pazológica y de género», sostiene que un verdadero modelo de justicia sólo puede construirse desde una ética del cuidado, en la que la ciudadanía se base no sólo en la incorporación de derechos, sino también en la asunción de responsabilidades de cuidado. Esto supone desafiar la lógica patriarcal y transformar la política para concebirla desde una perspectiva del cuidado y de una gestión inclusiva y equitativa. Para lograrlo es indispensable una educación para la paz que fomente en todas las personas habilidades de cuidado, ternura y atención hacia la otredad.

Dentro de los estudios de paz feministas también se han destacado referentes en materia de género, como Donna Haraway, quien advierte que éstos deben favorecer la construcción apasionada y las conexiones entrelazadas que generen nuevos sistemas de conocimiento. Durante mucho tiempo el papel de las mujeres en procesos de paz estuvo invisibilizado, a pesar de que han sido parte activa en los mecanismos que han permitido alcanzar acciones de paz en conflictos armados. Su participación ha estado especialmente vinculada al ecofeminis-



mo, a los procesos decoloniales y a la defensa de los derechos humanos en países en guerra, como dice la doctora Celina de Jesús Trimiño en su aporte sobre las mujeres protagonistas en el proceso de construcción de paz.

Persiste la idea de que las mujeres son más pacifistas que los hombres; sin embargo, esta observación responde a un proceso de culturalización y socialización, lo cual no significa que estén ajenas a movimientos violentos o a grupos armados. En numerosos casos, cuando se logran acuerdos de paz, las mujeres son excluidas de las negociaciones, lo que Trimiño denomina «procesos de paz masculinizados». Reconocer a las mujeres como parte de esos acuerdos posibilita ver otra cara de la historia en los territorios en conflicto, donde se entrelazan la vida y la esperanza.

Los distintos enfoques de paz expuestos hasta ahora nos permiten ampliar la mirada sobre su capacidad para analizar, evidenciar, cuestionar y deconstruir las violencias que vivimos. No existe una sola concepción de paz ni una sola manera de abordar los conflictos; sin embargo, la construcción de paz requiere de una perspectiva inter y transdisciplinaria capaz de situar las problemáticas en el centro de manera sistémica. Conflictos tan complejos como la guerra Israel–Palestina o Rusia–Ucrania nos invitan a mirar más allá de las violencias visibles. Retomando a Galtung, es necesario atender las violencias invisibles —culturales y estructurales—, comprender las dinámicas propias del territorio y asumir que la construcción de paz es y será imperfecta. Además, los estudios de paz deben ofrecer una mirada crítica al sistema, pues mientras el mediador sea una persona impuesta y que actúe en beneficio de una de las partes no será posible lograr una reconciliación y resolución de raíz. Hoy más que nunca resulta urgente que nues-

tras universidades formen personas con capacidad de mediar conflictos, con neutralidad, y cuya brújula sea el respeto a los derechos humanos y a los valores democráticos.

Los conflictos ecológicos, de género, económicos, de movilidad humana, de gentrificación, entre muchos otros, representan grandes retos para quienes confiamos en que los cambios deben realizarse de manera pacífica. Ello no significa inmovilidad o pasividad: si el conflicto supone crisis y posibilidad de cambio, la paz es el camino para alcanzarlo mediante la redefinición de valores, creencias y prácticas sociales a través de la crítica y la deconstrucción, la formulación de nuevas normas y la formación de personas líderes en el ámbito comunitario, social y político.

La conflictividad es parte del ser humano, pero no debe confundirse con violencia. Todo conflicto nos puede llevar a un desarrollo social y humano, mientras que la violencia —en todas sus manifestaciones— atenta contra la dignidad humana. Ante la actual situación de violencias estructurales, culturales y directas, la indiferencia no es una opción: nos corresponde trabajar en la construcción de paces, reconociendo la complejidad de los conflictos. 

Para saber más:

Guattari, F. (1996). *Las tres ecologías*. Pre-Textos. <https://bit.ly/3JGZ03i>

Lovelock, J. (1992). *Gaia. Una ciencia para curar el planeta*. Barcelona Integral.

Trimiño, C. (2018). *Las mujeres protagonistas en el proceso de construcción de paz. Aproximaciones al caso de Colombia*. Editorial UPTC. <https://bit.ly/4IP25vz>





GEOPOLÍTICA DE LA ESPERANZA

EL TERRITORIO COMO LUGAR DE DIGNIDAD Y JUSTICIA

Juan Luis Hernández Avendaño

Este texto incluye fragmentos del libro Geopolítica de la Esperanza, publicado por el mismo autor en 2020.

Entre la apatía y la participación, la vida pública se sucede sin cesar. ¿Cómo hacer frente a esta complejidad que se agolpa a veces con expresión de imposibilidad de hacer? No está siendo fácil animar la esperanza en medio de la desesperanza colectiva; no parece sencillo organizar una praxis sostenida en la esperanza de un mundo o una Casa Común con mayor bienestar para todos. La fuerza del «mal común» —como dijera el rector mártir, Ignacio Ellacuría—, es decir, las injusticias estructurales y las pedagogías que lo propagan, son robustas y afectan y minan las conciencias, adormecen las potencialidades y desmovilizan las respuestas.

No obstante, aquí y allá, en medio de la noche oscura y el paradigma dominante de la desesperanza, emergen distintas formas de resistencia y organización comunitaria y popular. Aparecen los activistas locales, «gladiadores»

antisistema, así como articulaciones y redes que buscan una respuesta humana, justa y fraterna al largo túnel del capitalismo neoliberal.

Desde las periferias planetarias, pero también desde los centros neurálgicos de los países más ricos, irrumpen rebeldes de todo tipo: contra el orden establecido, contra los partidos tradicionales, contra las élites políticas rapaces y kakistocráticas —el gobierno de los peores—, contra las transnacionales depredadoras y extractivistas, contra el capital que abusa de los bienes naturales, contra patriarcados, machismos y clericalismos históricos, contra la inhumanidad de la humanidad.

El exilio del bien común, como mal común, está siendo contestado, resistido y contrarrestado. Ante un mundo roto, insolidario y moralmente ciego, emergen praxis locales para defender la vida digna, la paz con justicia, el cuidado de la Casa Común. A esta repuesta de resistencia, organización y resiliencia social y comunitaria la denomino «geopolítica de la esperanza».

El término «geopolítica» se ha usado comúnmente en el ámbito de las relaciones internacionales. Sin embargo, como otras categorías conceptuales, en la medida que avanza la com-

Político, rector de la Universidad Iberoamericana Torreón-Monterrey-Salttillo.



plejidad de la realidad, su significado se vacía. Deconstruimos el término de «geopolítica» y lo resignificamos. En este nuevo sentido, la geopolítica de la esperanza es una posición colectiva para cuidar la comunidad en un determinado territorio, sobre todo el territorio local, orientada a defender la dignidad humana y la justicia social a través de proyectos que nutran un *ethos* que reanime la construcción/reconstrucción del tejido social.

Esta geopolítica de la esperanza está compuesta por cuatro dimensiones: la epistemología de la esperanza, la ética de la esperanza, la praxis de la esperanza y la espiritualidad de la esperanza.

1. La epistemología de la esperanza

En este campo queremos ver, analizar e interpretar la realidad con perspectiva esperanzadora. ¿Cómo y para qué hacemos análisis social, político, económico, territorial, eclesial y cultural? La hermenéutica dominante para analizar la realidad consiste en sobreestimar las injusticias y subestimar la acción transformadora de las resistencias y la acción colectiva. Muchos análisis de la realidad terminan por desmovilizar a las personas, que se desesperan aún más. Ese análisis se convierte en una «apología del desastre», pero sin aliento para pensar alguna alternativa.

Ante ello, una epistemología de la esperanza utiliza las ciencias, la interdisciplina y la multidisciplina, las innovaciones teóricas y las epistemologías del sur, los saberes y las experiencias de los pueblos y las comunidades, para analizar la realidad con la finalidad de nutrir la esperanza con proyectos que resuelvan problemas, que generen alternativas de vida y de justicia, con planteamientos para transformar las realidades injustas.

Una epistemología de la esperanza abre nuevas rendijas y coyunturas para seguir incidiendo, anima esfuerzos de articulación y red, inspira opciones y alternativas donde aparentemente no las hay, establece con claridad el núcleo del que sale la injusticia estructural para pegar en él, para enfrentarlo y quebrarlo.

La filosofía de la realidad histórica en esta epistemología de la realidad gira en torno a que la realidad en sí misma es una condición de posibilidad; es una construcción social que admite sostenibilidades, cambios y transformaciones, en contraposición a aquella realidad vista y vivida como determinada e inalterable.

Así, esta epistemología anima a iluminar la esperanza, no sólo a creer en ella, sino a documentarla, a construir una cartografía de minería de datos, a sistematizarla, a apreciarla como realidad fáctica. Es un esfuerzo científico para reconocer las transformaciones de la realidad de nuestro tiempo. Esta epistemología de la esperanza debe reconocer la «pedagogía del mal» y también la «pedagogía de la esperanza», en términos de Paulo Freire, entendida esta última como aquello que nos anima a preparar el camino para la solidaridad y el bien o los bienes comunes.

Una epistemología de la esperanza crea alternativas, produce sentido, configura futuros, documenta buenas noticias, alimenta buenas nuevas, nutre nuestra resistencia y sistematiza aquello que nos inspira, fomentando con ello una conciencia crítica y creadora de la realidad, como lo planteaba Ellacuría. Esta epistemología se fragua de abajo hacia arriba y emana de una realidad real para transfigurarse en una verdadera realidad para los que apuestan a mundos nuevos y hogares acogedores.

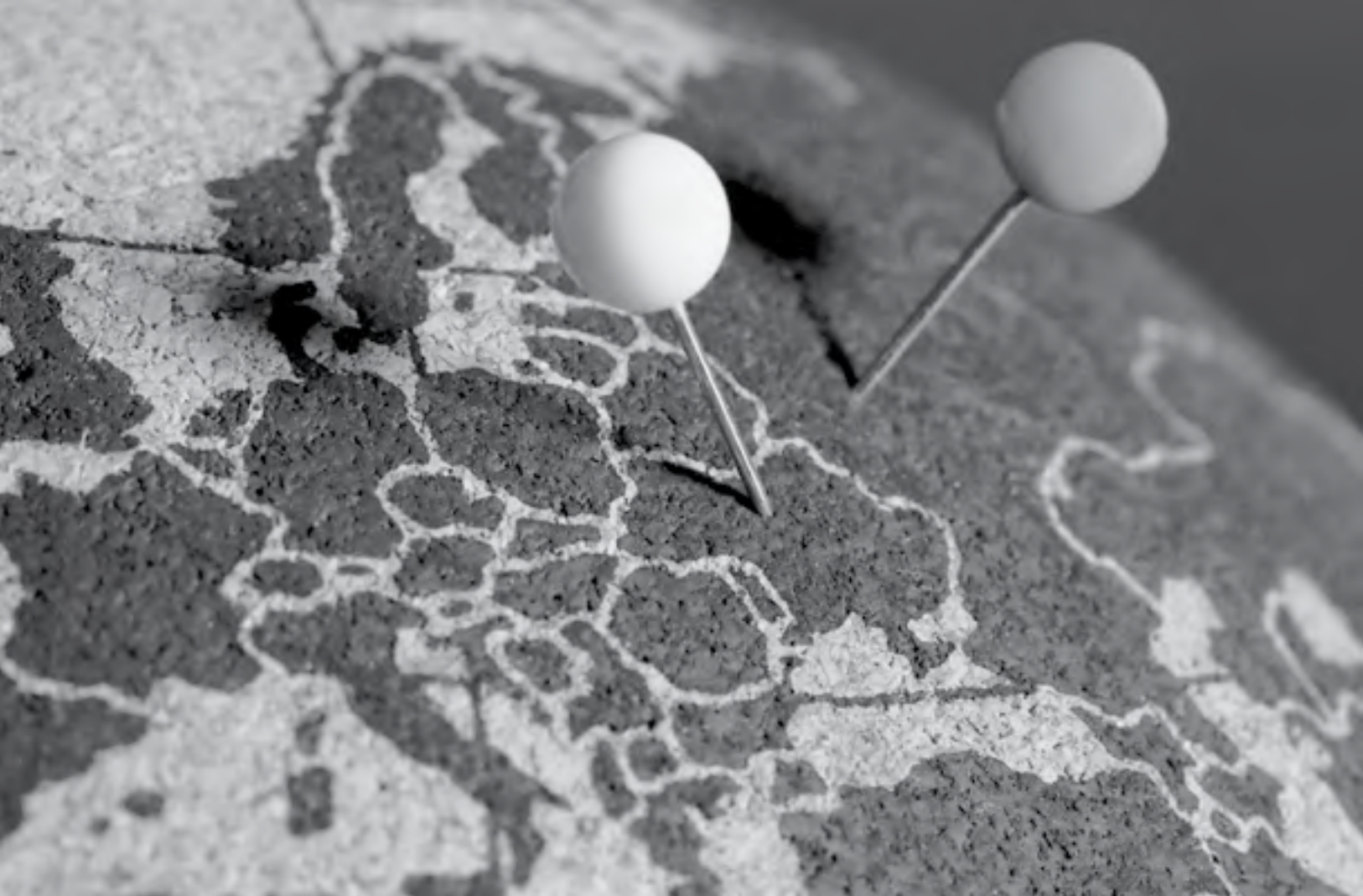


Foto: © grimaldello, Depositphotos

2. Ética de la esperanza

Desde hace por lo menos cuatro décadas el mercado se convirtió en el nuevo dios. Los gobiernos se convirtieron en gerentes de las grandes empresas nacionales y transnacionales. La tierra y los recursos había que depredarlos. Todos fuimos llamados a consumir. Todos fuimos convertidos en mercancías. No tardaron en llegar la desigualdad, las migraciones, el cambio climático, el crimen organizado global, los kakistócratas y la violencia generalizada. Pocos ganadores, muchos perdedores.

Una ética de la esperanza no suele surgir en los mejores momentos de la humanidad, sino todo lo contrario: en aquellas épocas de terror y oscuridad propias de una humanidad perdi-

da, sin brújula ética o moral, enamorada de la superficialidad, el consumo, el narcicismo, el éxito fácil a costa de los demás. Lo más deslumbrante de los liderazgos éticos en contextos donde «el hombre es el lobo del hombre», es que surgen justo cuando más se necesitan, cuando la aventura del ser humano parece irse definitivamente al despenadero de la historia.

Este mundo cada vez menos humano nos demuestra que necesitamos más que nunca recuperar la brújula ética de nuestra andadura humana. Esta recuperación implica una ética de la esperanza cuya praxis se basa en el cuidado, como lo señalan Leonardo Boff y José Laguna, vehiculizado a través de tres dimensiones: la instauración de una economía del cuidado, la recuperación de la ciudadanía como cuidado de la Casa Común y la apela-



ción a las preguntas éticas en los principales procesos que nos circundan, como la migración, la propiedad de la tierra y el agua, el consumo, la revolución tecnológica —incluida la inteligencia artificial—, los derechos humanos, la política, la economía social, etcétera.

Y en ese despertar público, en esa praxis *glocal*, se teje minuciosamente la ética de la esperanza al poner en marcha pequeños o grandes gestos de cuidado: de la tierra, del agua, del territorio, de las semillas, de los bosques, de los bienes naturales, de los bienes comunes, de las personas más vulnerables. Cuidar lo que nos espreciado, cuidar la vida, cuidar la identidad que nos hace fuertes, cuidar lo sagrado que heredamos de nuestros ancestros, cuidar a quienes nos necesitan.

En suma, paralela y transversalmente, una ética del cuidado y de cuidarnos los unos a los otros haría más saludables y humanas nuestras convivencias sociales, nuestros encuentros con los diferentes, nuestras cohabitaciones obligadas. Esta ética del cuidado puede ser fuente de esperanza, de resistencia, de inspiración y de consolación.

Esta ética del cuidado prepara caminos para el encuentro de la diversidad, amasa la solidaridad, endulza el corazón de quien promueve el bien común, acoge a los perdedores de la globalización, a los desheredados de la tierra. Es lo que Leonardo Boff denomina «pasar al paradigma del cuidado» en la construcción de sujetos críticos, creativos y cuidadores. Esta ética del cuidado define nuestra ética de la esperanza.

3. La praxis de la esperanza

Una praxis de la esperanza se concretaría en la resistencia y en la audacia de la acción transformadora de la realidad. La praxis de la

resistencia es posiblemente hoy, en tiempos de capitalismo voraz y de los múltiples vaciamientos de sentido personal y social, la praxis de las praxis. Resistir es solidaridad y sostener el bien común contra viento y marea es responsabilidad ciudadana. Oponerse al mal común, ser signo de oposición a la injusticia. Resistir es un signo de esperanza en la transformación de realidades.

Resistir. Fundamental en tiempos de modernidad líquida, del «sálvese el que pueda», del «nunca va a cambiar esto», del «para qué te arriesgas, morirás y no habrás conseguido nada». No obstante, en muchos lugares de nuestro globalizado planeta se yerguen iniciativas de organización social, movilización ciudadana, marchas multitudinarias, cantos inspiradores, acciones contrasistema, piratas cibernéticos contra las grandes empresas o los gobiernos autocráticos, movimientos contraculturales, acciones colectivas juveniles y feministas que están marcando ya el siglo XXI.

Acción, contrapesos a las hegemonías, activismos que despuntan e incomodan al *statu quo*. Radicales y moderados, unos y otros atraviesan las avenidas del cambio social. La praxis de la esperanza se teje a fuego lento, en los márgenes de la historia, en la periferia de la sociedad, en los invisibles, en los disruptores, en los creativos, en quienes están sostenidos por una interioridad fuerte, sólida, que no alcanzan a ver los representantes de la injusticia.

4. La espiritualidad de la esperanza

En México y América Latina está muy reconocida y vivida la práctica religiosa, pero muy escondida la espiritualidad cristiana. Los rostros de Dios están muy desconfigurados en nuestros territorios. Muchas personas han





matado a Dios en sus vidas o en sus sociedades porque no le conocen.

Una espiritualidad de la esperanza anima, prepara y forma en el discernimiento. Sociedades como las nuestras, violentas, injustas e impunes, nos ofrecen cotidianamente dilemas para enfrentar, resolver, reflexionar. El discernimiento para descubrir la voluntad de Dios en nuestra realidad se convierte en una necesidad esperanzada.

Una espiritualidad de la esperanza emana y bebe de la espiritualidad que el propio Jesús hizo praxis, es decir, se nutre de una praxis que acoge, cura, defiende, ama y perdona. Una espiritualidad de la esperanza que entiende la irrupción de Dios entre nosotros se asumirá como una respuesta «salvadora» y «esperanzadora». Una espiritualidad de la esperanza se teje en el discipulado de Jesús, viviendo la fe en comunidad, atendiendo al herido del camino.

5. Hacia una geopolítica de la esperanza

La epistemología, la ética, la praxis y la espiritualidad de la esperanza se concretan en un territorio determinado, en un lugar, en un espacio en el que sucede la vida humana y social, donde permanentemente están en juego la existencia y la muerte, la vida buena y los despojos de ésta. Es en el territorio local donde vivimos, donde nos construimos, donde gozamos y sufrimos.

El apelativo «geo» alude a la tierra, al territorio. Para el gran capital el territorio ha sido el lugar para el extractivismo; para el crimen organizado el territorio ha sido el lugar para dominar. Para los pueblos, las comunidades y los ciudadanos el territorio debe ser el lugar

para cuidar, defender y resignificar la vida, hacerla buena. Para hacer política territorial.

Consecuentemente, se entiende como política «el cuidado de la ciudad» al recuperar la raíz griega de su significado. Bajo esta lógica, la política es la disposición para cuidar la vida social, el bien público, los bienes comunes a través de la acción de sujetos históricos que se hacen cargo y se encargan de la realidad.

El territorio es el lugar privilegiado para el surgimiento de liderazgos esperanzadores. Este liderazgo ético, cívico y político nuevo debe hacer praxis con un verbo: *esperanzar*. Y ese *esperanzar* no debe cejar en el propósito de oponerse a la hegemonía de la ley del hombre como lobo del hombre. Ese *esperanzar* debe negar la negación que sustenta la inmutabilidad de la realidad.

Este liderazgo ético, cívico y político no puede ser ciego y mudo frente a la injusticia, sino que en ese hacerse desde abajo, desde las regiones locales, desde la esperanza de los débiles, va adquiriendo la fuerza política que transforma paciente, pero hondamente, los territorios que habitamos. Para todo ello necesitamos hombres y mujeres convencidos apasionadamente de esta tarea, y para ello es indispensable la formación de una mentalidad situada.

Corolario

En América Latina, desde los territorios locales —sobre todo aquéllos que se distinguen por estar en los márgenes tanto políticos como económicos— se impulsa la formación de la mentalidad a través del aprendizaje situado, es decir, aprender desde, con y para la realidad. Se lucha por extinguir el poder del patriarcado; en entornos de violencia se aplican las metodologías de la reconstrucción del tejido



social, los modelos de mediación de conflictos y los artesanados de la paz; en otros espacios se regresa a la producción de alimentos en clave de agroecología y se estimula la soberanía alimentaria. En muchos territorios se enfrenta al *acuifundio* —el agua concentrada en pocas manos— mediante la defensa del agua como bien público. En cada país de América Latina hay personas que defienden los bienes comunes; se alientan nuevos consumos basados en economías sociales, solidarias y locales; se organizan líderes ambientales, así como defensores de los derechos humanos.

En el siglo XXI las teologías de la liberación continúan en un diálogo inacabado entre la religión y las ciencias sociales, produciendo conocimiento crítico y utópico a la luz del pensamiento decolonial y haciendo énfasis en la liberación de las víctimas de la opresión capitalista y del crimen organizado. En este contexto también han surgido espiritualidades de la liberación que conectan con la necesidad de transformar realidades en clave de esperanza y justicia.

En suma, la geopolítica de la esperanza se urde y teje en el territorio con la política de la presencia. Estar presentes, presentes para convocar, para hacer y transformar juntos, para resistir, para crear proyectos, para formar y formarnos, para animarnos en la alegría de tener una acción esperanzada.

Organizar la esperanza se ha convertido en el nuevo imperativo categórico desde la acción colectiva, en la lógica del sujeto histórico que toma la realidad en sus manos para dotarla de contenido, de vida, de sabiduría, de dignidad, de alegría. Es el anhelo por una humanidad que aprenda a perdonarse, a reconciliarse consigo misma y con la naturaleza, y con ello ser capaz de volver a creer en la posibilidad de caminar y construir futuros en fraternidad.

“Organizar la esperanza se ha convertido en el nuevo imperativo categórico desde la acción colectiva”.

La geopolítica de la esperanza es utopía y realidad a la vez, horizonte promisorio y praxis del presente, deseada y experimentada; es ciencia aplicada y espiritualidad vivida, capacidad de transformación e identidad colectiva. Se construye con paciencia a contracorriente de las hegemonías opresivas y excluyentes, invisible para quienes subestiman la praxis utópica, visible para quienes se inconforman por el estado actual de las cosas.

La geopolítica de la esperanza se teje en quienes dan la vida por un mundo mejor y dejan como testigos a otros y otras que seguirán resistiendo y organizándose para que los proyectos que dan vida sean la última palabra.

Para saber más:

Boff, L. (2019). *Pasar al paradigma del cuidado*. Ediciones Dabar.

Ellacuría, I. (1999). *Escritos Universitarios*. UCA Editores.

Freire, P. (2009). *Pedagogía de la esperanza*. Siglo XXI Editores.

Hernández, J.L. (2020). *Geopolítica de la esperanza*. Instituto Universitario Sophia América Latina y Caribe / Universidad Iberoamericana Puebla / Programa Latinoamericano de Tierras.

Laguna, J. (2021). *Ciudadanía, del contrato social al pacto de cuidados*. PPC Editorial.





EL EVANGELIO COMO SIGNO DE ESPERANZA Y PAZ

Luis Manuel Vizcaíno Guevara

Hace unos meses los cristianos de todo el mundo celebramos la Pascua, la fiesta de la Resurrección de Jesús: la luz que brilla en las tinieblas, el Dios vivo en medio de nosotros. Con ese trasfondo, el mensaje del resucitado resuena en nuestros días y en el contexto de nuestro país: «La paz les dejo, mi paz les doy; yo no se las doy como el mundo la da. No se turbe su corazón, ni tengan miedo» (Jn 14, 27). Éste es el mensaje de Dios, que decidió encarnarse para mostrar caminos de vida, reconciliar nuestras relaciones y guiarnos a la unidad; una invitación a no temer sino a involucrarnos en la búsqueda de la paz al reconocernos como hermanos. Se trata de un mensaje que nos impulsa a mantener la esperanza y a seguir adelante, a ser constructores de paz y convertirnos en «sal de la tierra» y «luz del mundo» (Mt 5, 13–16).

Jesuita, maestro en Estudios de Paz, Violencia y Procesos de Reconciliación. Ha trabajado en diversos proyectos sociales de la Compañía de Jesús, entre ellos el Servicio Jesuita a Refugiados en la República Democrática del Congo (2014–2016) y el CIAS por la Paz en distintas regiones de México (2020–2022). Actualmente realiza su doctorado en Movimientos de Resistencia y Paz en América Latina en la Universidad de Manchester.

En esa ruta de reconocer a Dios como Padre, que responde a la división y a la muerte con la encarnación y la resurrección, es importante, en primer lugar, comenzar con un pequeño análisis de la realidad de muerte —pecado— que nos rodea. En segundo lugar, contemplar la respuesta de Dios en la encarnación, la vida y la entrega de Jesús, para luego colaborar en el trabajo de construcción y vida. Finalmente, es necesario recuperar con claridad la promesa de vida y esperanza que nos muestra la resurrección.

Diagnóstico: realidad de dolor y muerte (pecado)

El mundo nos presenta un panorama desalentador en el que abundan los motivos para perder la esperanza. En nuestro país la violencia ha crecido durante los últimos años y cada vez se hace más evidente; las estadísticas de muertes, desapariciones e injusticias contra hermanos y hermanas son alarmantes. De igual modo, los conflictos internacionales revelan escenarios sombríos que parecen no tener solución cuando la lucha por el poder, los recursos y los territorios enfrentan a unos contra otros. La dificultad para reconocer la dignidad de todas las personas y de ver en el rostro del otro a un hermano con quien construir nos ha llevado al odio y al conflicto.



Esta realidad de dolor, marcada por la búsqueda de poder y la violencia, evoca los conflictos narrados en el Antiguo Testamento, cuya raíz está en la falta de reconocimiento del hermano y en la búsqueda de posesión y dominio. Podemos recordar la historia de Caín y Abel, cuando la rivalidad entre hermanos desemboca en la muerte (Cfr. Gn 4,1–16); la disputa entre Jacob y Esaú por la bendición y la herencia (Cfr. Gn 25, 29–34), o el extremo de vender al hermano como esclavo, como sucedió con José (Cfr. Gn 37,1–36). Esta dimensión de pecado, de eliminación del hermano, es clave para comprender la agresión contra los demás y la desconfianza hacia otros grupos y personas. Frente a ello, el Evangelio abre una nueva dimensión de reconciliación, de perdón y de amor.

La propuesta de paz desde el Antiguo Testamento

Los pasajes de Caín y Abel, de Jacob y Esaú, y de José y sus hermanos muestran cómo la falta de aceptación de la diferencia genera conflicto, así como el deseo de imponer uniformidad y de tener la primacía sobre otros. Sin embargo, también aparecen alternativas en dos de las narraciones y en una reacción del patriarca Abraham. En los pasajes de Jacob y Esaú y de José con sus hermanos se aprecia la posibilidad de reconciliación y perdón cuando se reconoce el daño causado, pero se valora más el amor por el hermano. El reconocimiento del otro y la aceptación de sus diferencias puede llevar a seguir amándose y caminando juntos. Es la reconciliación la que abre nuevos vínculos de hermandad.

Por su parte, en la figura de Abraham se manifiesta la posibilidad de una nueva alianza de Dios con la humanidad para transformar las relaciones de violencia en relaciones de frater-



Foto: © Carolina BR, Cathopic

nidad, sobre todo en el episodio de Abraham y Lot. En Abraham se refleja un deseo de evitar el conflicto porque valora la paz, lo cual lo lleva a ayudar a Lot en lo que puede: primero dejándole parte de las tierras para no pelear, y después al intentar salvarlo e interceder ante Dios por él. Aquí se evidencia una valoración de la hermandad que es fundamental para





construir nuevas dinámicas, pues se reconoce que hay situaciones conflictivas, pero el deseo de colaborar y construir es mayor.

Así, la hermandad va más allá de las diferencias, uniendo y aceptando la diversidad de las personas. Es esta fraternidad la que permite desplegar la potencialidad del ser humano, cada uno desde sus capacidades, sin anular al otro por tales diferencias. Asimismo, se muestran distintos modos de resolver las tensiones: unas veces cediendo y otras mediante el perdón y la reconciliación. La solidaridad, por otro lado, se expresa al interesarse activamente por el hermano en dificultad e interceder por él.

La encarnación como respuesta de Dios

De igual modo, Dios no permanece callado: su respuesta es la encarnación. Frente a la violencia y la división, ante el mal en el mundo, la Palabra se hace presente y se encarna. Es la encarnación donde se revela radicalmente la respuesta de Dios a un mundo roto y separado de su proyecto de amor; allí se manifiesta de forma total y se entrega. Dios responde en la historia a través de los profetas y de múltiples acontecimientos, pero es contundente en la encarnación (Cfr. Hb 1,1–2). Por ello, san Ignacio propone en los Ejercicios Espirituales contemplar cómo Dios se involucra con su creación y cómo observa la realidad marcada por el dolor, el sufrimiento, la violencia y la división para llevar adelante la obra de la redención [EE 101–109].

La respuesta «hagamos redención» nos permite reconocer cómo Dios toma parte en la historia para dar vida y salvación. Nos habla de un Dios presente, que acompaña a su pueblo y no permanece indolente ante

la violencia y la muerte, sino que actúa mostrando caminos de comunidad, paz y amor. Dios encarnado en Jesús nos revela el rostro de un Padre y nos invita a establecer relaciones de horizontalidad, reconociendo en el otro a un hermano con quien recorrer la vida. Este Dios que redime restaura los lazos de comunicación y abre caminos de comunidad, mostrándolos desde la fragilidad de un niño nacido en Belén y desde el llamado a reconocernos como hermanos, hijos del mismo Padre. Esta invitación a la fraternidad universal es esencial para vivir la paz y para ser capaces de reconocer al otro como hermano. De igual manera, Jesús enseña que la fraternidad se construye desde la fragilidad y el reconocimiento de nuestra mutua necesidad. Así, la encarnación se prolonga como un horizonte constante en su actuar y en su predicación.

La invitación a la fraternidad universal

En toda la tradición bíblica se manifiesta un Dios que congrega al pueblo, al que une e invita a relaciones fraternas. Este mensaje es incluso más claro en el Nuevo Testamento, en el que Jesús revela a Dios como Padre. Por ello, se habla de una hermandad en la que todos caben, que es uno de los contenidos centrales de la Pascua: «Anda, ve a decirles a mis hermanos: subo a mi Padre que es su Padre, a mi Dios que es su Dios» (Jn 20,17). Esta hermandad es más profunda y abarcadora: en ella todos somos hijos llamados a vivir la fraternidad, movidos por el Espíritu Santo. Jesús se convierte en el hermano mayor que nos guía a vivir la verdadera hermandad: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Aquí están mi madre y mis hermanos. Porque el que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ése es mi hermano y hermana y madre»



(Mt 12, 48). En este pasaje se aprecia cómo somos alentados a integrar una nueva familia escatológica que reconoce en el otro al hermano y a un solo Padre, lo que nos lleva a vivir la fraternidad y el servicio como fundamentos para la paz.

En su predicación Jesús se encuentra con la pregunta central sobre el mandamiento fundamental: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente, [...] amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22, 37–39). Nos invita a comprometernos en el amor desde la radicalidad, como lo mostraba Abraham: servir, apoyar, cuidar y abogar por el otro. Este compromiso radical, mostrado en la parábola del buen samaritano, es lo que transforma las relaciones con todos, incluidos aquéllos que son distintos a nosotros.

Ser «luz del mundo» y «sal de la tierra»

El Evangelio no nos reduce a actores pasivos en este llamado a la fraternidad universal; al contrario, Jesús nos invita a involucrarnos en la construcción de paz y en el trabajo por el Reino. Parte de reconocer que la acción de Dios en el mundo también es una exhortación para vivir desde otras lógicas: la lógica del amor, del servicio y de la paz, fundamentos para la fraternidad. Ahí es donde está el impulso para ser «luz del mundo y sal de la tierra» (Cfr. Mt 5,13–16), a dejar que el Espíritu impulse acciones de verdadera hermandad. Así, escuchar la predicación de Jesús y ver sus signos nos compromete a ser agentes de vida y constructores de paz.

Hay dos invitaciones claras que se repiten a lo largo del Evangelio: el servicio y la ayuda como concreciones del amor al que invita Dios. En

una discusión entre los discípulos sobre quién ocupará el lugar primordial, Jesús los reprende por no entender la lógica de la fraternidad, que conlleva reconocer a Dios como Padre. La decepción de Jesús es evidente por la falta de comprensión del mensaje, pero en lugar de detenerse en la frustración, reafirma la lógica del servicio: «Los jefes de las naciones los oprimen y los grandes abusan de su autoridad. Pero entre ustedes debe ser diferente. El que quiera ser superior debe servir a los demás» (Mt 10,42–44). Esta lógica de servicio conduce a una vida en la que el dominio y el poder son superados para construir nuevas formas de relación desde la horizontalidad, pues sólo así se construye la paz.

De igual modo, Jesús hace hincapié en tomar acciones para servir y ayudar a los demás. Es cautivante cómo en la multiplicación de los panes les pide a los discípulos que sean ellos quienes actúen para servir: «Denles ustedes de comer» (Lc 9, 13–17). Esto no supone una omnipotencia de los discípulos, sino una actitud fundamental de servicio y entrega que construye relaciones distintas. Igualmente, pueden encontrarse muchos otros pasajes en los que Dios invita a servir y ser luz en medio de lógicas de poder y dominio.

La Resurrección como llamado a mantener la esperanza

Este llamado a la fraternidad como vocación cristiana y humana no puede limitarse a una lógica voluntarista, sino que se sostiene en la esperanza: para los cristianos, la esperanza de la resurrección y la esperanza que ofrecen los signos cotidianos del Reino.

Primeramente, la resurrección implica la victoria de Jesús sobre la muerte. Esta victoria es una promesa escatológica para todos los que





“ El mensaje del resucitado invita a salir de uno mismo para seguir construyendo paz y fraternidad, sabiendo que Él nos acompaña, nos conduce y que nuestra existencia está en sus manos”.

buscamos vivir este mensaje de vida y fraternidad. Es un recordatorio de que, en medio de las dificultades cotidianas, de las violencias y de los abusos de poder, podemos encontrar esperanza sabiendo que la muerte no tiene la última palabra. Es un mensaje de confianza en el que el Padre nos tiene en sus manos y en el que, a pesar de las muertes o violencias, Él sigue guiando a la vida y su promesa permanece vigente. Por ello, el mensaje del resucitado invita a salir de uno mismo para seguir construyendo paz y fraternidad, sabiendo que Él nos acompaña, nos conduce y que nuestra existencia está en sus manos. Este anuncio produce tanto esperanza como paz: esperanza en que Él nos guiará, y paz al saber que el camino lo recorreremos con Él.

Además de la esperanza escatológica, siempre partimos de que la esperanza también se manifiesta en la vida cotidiana. Jesús nos recuerda que el Reino es como una semilla de mostaza que, siendo la más pequeña, se convierte en un arbusto grande que da sombra. Nos recuerda que el Reino se manifiesta desde lo pequeño, a veces en lo cotidiano. La paz es una misión constante, un modo de vida centrado en la promesa de Dios.

A modo de conclusión

Frente a las dinámicas de exclusión, muerte, violencia y no aceptación del otro, el Evangelio nos ofrece un horizonte de vida y esperanza. Desde el Antiguo Testamento se presentan las

violencias como una negación del proyecto de Dios, junto con la propuesta de romper esas dinámicas tomando como ejemplo al patriarca Abraham y la reconciliación entre hermanos. Esto implica el compromiso radical de ir más allá de la venganza y la violencia para construir paz.

En nuestros días Dios nos habla por medio de su propia Palabra, el Hijo encarnado, quien hace una invitación a reconocer a un solo Padre y a vivir una hermandad fundada en la horizontalidad, el servicio y la entrega. Toda su vida fue una entrega constante, incluso hasta la cruz; sin embargo, la resurrección abre un horizonte de esperanza que trasciende este sacrificio. De igual modo, el Evangelio es un llamado a una entrega continua: acoger esta propuesta y vivir como hermanos, sirviéndonos unos a otros, con el horizonte de esperanza de la resurrección y en los signos del Reino que se manifiestan cotidianamente. 

Para profundizar

- ¿Qué horizontes de esperanza encuentro al contemplar la Encarnación?
- ¿Qué invitaciones experimento para construir paz al escuchar el llamado a ser «sal de la Tierra» y «luz del mundo»?
- ¿Cómo podemos seguir alimentando la esperanza en lo personal y en lo comunitario?



MEDIACIÓN PARA UNA PAZ DURADERA

Claudia Estrada Carreón

En junio de 2008 hubo una reforma significativa en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, en virtud de que en el artículo 17 se introdujeron los Mecanismos Alternativos de Solución de Conflictos como una vía para garantizar a la ciudadanía el derecho humano de acceso a una justicia dialógica a través de la negociación, la mediación, la conciliación y la justicia restaurativa. En esta entrega me centraré en la relevancia de estos mecanismos y en el papel de las instituciones socializadoras como herramientas fundamentales para promover la cultura de paz y transformar los conflictos de manera constructiva.

Principales instituciones socializadoras

La familia es la primera institución socializadora. Es la célula básica de la sociedad en la que el individuo forja ese vínculo primario con sus seres amados, donde convergen el cariño, el amor, los principios, los valores, el afecto, la solidaridad, el respeto, el sentido de identi-

dad y la pertenencia; es el lugar donde el ser humano se siente amado, seguro y protegido. Sin embargo, es una realidad que al interior de la familia el conflicto forma parte de nuestra vida diaria, y si éste no se gestiona de manera adecuada puede provocar ruptura o desintegración del vínculo familiar, aunado a que, ante las dificultades económicas para solventar las cargas en el hogar, los progenitores no siempre pueden estar presentes durante la crianza y formación de sus hijos, delegando esa responsabilidad a la familia extensa, como los abuelos, o mediante el apoyo de cuidadoras. En esta etapa significativa los hijos no llegan a comprender el motivo por el que sus padres no siguen juntos o por qué no están presentes durante su infancia y adolescencia, por lo que estas situaciones pueden ocasionar en los menores sentimientos de culpa, enojo, tristeza, desesperanza, y heridas emocionales que pueden marcar de manera significativa su vida.

Asimismo, la escuela es la segunda institución moralizadora más importante: es el espacio donde uno aprende a socializar y a relacionarse con las demás personas. Aquí los educadores transmiten sus conocimientos y enseñanzas, promueven valores como el respeto, la solidaridad, la fraternidad, la igualdad, la justicia, la paz, entre otros, además

Doctora en Métodos Alternos de Solución de Conflictos por la UANL, mediadora certificada y especialista en mediación familiar. Licenciada en Derecho, con estudios de género y negociación. Ha trabajado en mediación y solución pacífica de conflictos.



de que el individuo aprende normas y reglas que le permiten integrarse e interactuar con los demás en un marco de respeto y cordialidad. La escuela es el agente moralizador que contribuye a la formación integral del individuo, es el pilar en el que se fomenta el pensamiento crítico y reflexivo, y se promueve la colaboración y la cooperación, forjando a futuros profesionistas y ciudadanos cuya participación proactiva permite la construcción de una sociedad más justa, humana, sensible, responsable y comprometida.

No obstante, si los educadores no están debidamente capacitados y comprometidos con la educación de los estudiantes, esta circunstancia puede repercutir en la vida personal y profesional del educando. Además, si el estudiante vive conflictos en su entorno familiar que no son gestionados como corresponde, éstos pueden incidir en el ámbito escolar de las siguientes formas: bajo rendimiento académico, conductas violentas, aislamiento hacia sus compañeros o maestros, falta de respeto o rebeldía hacia las autoridades académicas, problemas de alcoholismo o drogadicción y dificultades emocionales como ansiedad, baja autoestima, depresión, ideas suicidas, entre otras.

Si las situaciones descritas no se atienden oportunamente desde casa y en la escuela, permearán en la comunidad debido a que el individuo tendrá dificultades para relacionarse con las demás personas. Su participación se verá debilitada al no contar con las herramientas y habilidades necesarias para integrarse en la sociedad y, en consecuencia, no habrá una sana convivencia. En ese sentido, el Estado tiene un papel muy importante en la implementación de políticas públicas que garanticen el bienestar y el sano desarrollo de la sociedad a través de diversos programas que

atiendan de modo integral las necesidades de los individuos, la protección y la defensa de los derechos humanos y la promoción del acceso a la justicia dialógica mediante mecanismos pacíficos de solución de conflictos, una vía para sanar y restaurar el tejido social.

La mediación restaurativa como una vía pacífica de gestión y resolución en los conflictos familiares, escolares y comunitarios

En febrero de 2017 nuestra Ley Suprema fue objeto de una transformación de gran relevancia, ya que se reformó el artículo 17 constitucional con la finalidad de privilegiar la justicia dialógica por encima de la justicia tradicional. En ese orden de ideas todas las autoridades tienen el deber de dar a conocer a las partes involucradas que existen los mecanismos pacíficos de solución de conflictos que, a través de la negociación, la mediación y la conciliación, propician un espacio de escucha, encuentro, empatía, solidaridad, compasión, bienestar, certeza y seguridad jurídica.

Es preciso señalar que la negociación es un método de solución de conflictos en el que los implicados, o a través de sus representantes, gestionan y resuelven positivamente su conflicto mediante acuerdos satisfactorios para ambos y sin la intervención de un tercero. En cuanto a la mediación, aquí interviene un profesional cuya función principal es facilitar la comunicación entre los sujetos, con el propósito de que éstos generen sus propios acuerdos de manera justa, equitativa y viable, en un marco de respeto, concordia y paz. Finalmente, en la conciliación se hace presente la figura del conciliador que, además de ser un puente de comunicación, puede realizar o sugerir propuestas sin que éstas sean vinculantes para las partes.



Si bien estos mecanismos autocompositivos son una vía pacífica valiosa sin tanto desgaste emocional y en un marco de respeto y equidad —promoviendo la empatía, la concordia, la escucha, la asertividad, la reflexión y la autonomía para ser conscientes y responsables—, también es cierto que por razones burocráticas, como la falta de tiempo y de una debida formación y capacitación, los facilitadores sólo concretan el convenio sin atender de modo integral las necesidades y los intereses de los involucrados.

Por su parte, la justicia restaurativa surgió en la década de los setenta en diversas comunidades menonitas que, convencidas de estas prácticas pacifistas y en colaboración con otros agentes de paz, implementaron encuentros entre víctima y ofensor inicialmente en Canadá y Estados Unidos, replicándolo más tarde en todo el mundo. Howard Zehr es considerado el pionero y padre de la justicia restaurativa, pues fue quien acuñó este modelo de justicia con esta denominación debido a que participó en el primer encuentro restaurativo entre víctima y ofensor.

Zehr explica que la justicia restaurativa es un modelo de justicia que involucra a todas aquellas personas que se sienten afectadas por alguna ofensa en particular, en el que se puedan identificar y atender de manera integral las necesidades y los intereses individuales y colectivos derivados de dicha ofensa, con la finalidad de reintegrar a la víctima y al victimario a la comunidad. De acuerdo con Zehr, la meta es lograr que el proceso sea más sanador y transformador.

Este modelo de justicia busca que el victimario reflexione respecto a las consecuencias de sus actos, asuma su responsabilidad, repare integralmente el daño causado y garantice la

no repetición. Cabe precisar que en un inicio la justicia restaurativa se creó, diseñó y aplicó en la materia penal, sin embargo, por sus grandes beneficios se ha extendido a contextos comunitarios, escolares y, de forma reciente, a los familiares.

En México la justicia restaurativa se materializó en junio de 2008 en nuestra Carta Magna. Las leyes reglamentarias que regulan este modelo son la Ley Nacional de Mecanismos Alternativos de Solución de Controversias en Materia Penal, la cual entró en vigor en diciembre de 2014; el Código Nacional de Procedimientos Penales, cuya reforma se puso en marcha en junio de 2016, y la Ley Nacional de Ejecución Penal, publicada en el *Diario Oficial de la Federación* en diciembre de 2016.

En ese contexto, es importante comentar que el Estado de México es pionero en implementar la justicia restaurativa en materia familiar, con efectos normativos en 2010 en la Ley de Mediación, Conciliación y Promoción de la Paz Social, y en la práctica en 2017. La entidad empezó a implementar la justicia restaurativa en sede judicial, específicamente en los juicios familiares, con el apoyo de los facilitadores del Centro de Mediación, Conciliación y Justicia Restaurativa del Poder Judicial del Estado de México. Estos mecanismos se aplican en conflictos familiares donde existe violencia, a través de círculos de sentencia en los que el juez de lo familiar se apoya en un equipo multidisciplinario integrado por profesionales de psicología, trabajadores sociales, facilitadores expertos en justicia restaurativa, los abogados de las partes, maestros (en caso de que haya menores) y personas significativas de apoyo para los familiares, con la finalidad de escuchar a todos y considerar sus valiosas aportaciones al momento de dictar sentencia.



Foto: © bodystock69@gmail.com, Depositphotos

La doctora Olga Sanabria, quien se ha desempeñado como mediadora, conciliadora y facilitadora en restauración familiar en el Centro de Mediación y Conciliación del Poder Judicial del Estado de México, participó como ponente en el Conversatorio de Justicia Restaurativa en abril de 2018, celebrado en el marco del Diplomado de Justicia Alternativa y Restaurativa del ITESO. Sanabria compartió el siguiente ejemplo de éxito, llevado en 2017 en los juzgados familiares del Estado de México.

Se trató de un caso en el que los progenitores estaban tramitando ante el juez de lo familiar la guarda y custodia, así como el régimen de convivencias y visitas de su menor hija, quien

contaba con seis años de edad. La formación de la mamá era en medicina, mientras que la del padre llegaba hasta el nivel básico. En una audiencia en la que estaban presentes los progenitores y la menor ante el juez, la niña le faltó el respeto a éste, salió corriendo e intentó aventarse del segundo piso, expresando que ya no deseaba vivir. El juez los derivó al Centro de Convivencia Familiar del Estado de México.

La doctora Sanabria dio a conocer que en el proceso restaurativo se trabajó en un primer momento con los progenitores, que reconocieron sus errores, la violencia, el daño que entre ellos se habían causado y la afectación a su hija. En un segundo momento se reali-



“ *La mediación familiar con enfoque restaurativo se presenta como el mecanismo idóneo para atender los conflictos del núcleo familiar*”.

zó de manera lúdica un círculo restaurativo entre los padres y su hija, quien les pidió disculpas por haberse querido quitar la vida, además de que se identificó que la niña era víctima de *bullying* en la escuela, lo cual sus padres desconocían. Se generaron acuerdos satisfactorios para la familia y se acordó que la convivencia fuera en el Centro de Convivencia Familiar.

En la última sesión se contó, como apoyo de la madre, con los abuelitos maternos, y por parte del padre, con sus hermanas. Se realizó un círculo restaurativo con todos los familiares, en el que la menor regaló unos muñequitos a cada uno de ellos para recordarles la fragilidad que ella representaba. Gracias al procedimiento restaurativo se sanaron las heridas ocasionadas; la menor agradeció la experiencia porque le ayudó a entender lo que sentía y a valorar su vida. Actualmente se encuentra muy bien y ya no desea atentar contra sí misma.

El caso descrito evidencia lo valioso que es implementar los procesos restaurativos en los conflictos familiares como una vía para restaurar los daños ocasionados y transformar la vida de las personas, transitando a familias sanas y armónicas. Así, es importante reconocer el gran aporte que ha hecho el Estado de

México en la instauración de la justicia restaurativa en los conflictos familiares, siendo, hasta antes de 2024, la única entidad federativa que había incorporado estos procesos en dicha materia.

El 26 de enero de 2024 se publicó en el *Diario Oficial de la Federación* la Ley General de Mecanismos Alternativos de Solución de Controversias, lo que significó un avance significativo, ya que antes de su publicación cada entidad tenía su propia legislación en materia de métodos alternos, sin uniformidad en los requisitos para ser mediador, conciliador o facilitador. Tampoco existían criterios comunes sobre los principios rectores, los diferentes tipos de mecanismos, o la duración del refrendo de certificación, lo que ocasionaba disparidad entre estados. Con esta ley se establecen las bases, principios y reglas generales para toda la República, obligando a los estados a armonizar su legislación local. Lo más relevante es que integra un apartado de procesos de justicia restaurativa, aplicables en el ámbito familiar, escolar y comunitario, además de exhortar a los centros públicos y privados de mediación a incluir este enfoque en los mecanismos pacíficos de solución de controversias, contribuyendo así a sanar y restaurar el tejido social.

En este sentido, la mediación familiar con enfoque restaurativo se presenta como el mecanismo idóneo para atender los conflictos del núcleo familiar. La intervención de un profesional especializado permite sensibilizar y concientizar a las partes, ayudándolas a identificar los errores que dañaron a sus seres queridos, asumir la responsabilidad por el daño ocasionado, mostrar un arrepentimiento sincero y propiciar la reparación integral a través del perdón. Así, se originan pactos éticos,





“ El conflicto forma parte de nuestra vida diaria y, si no contamos con las herramientas adecuadas para gestionarlo, puede escalar y producir rupturas que marcan la vida de las personas”.

morales y jurídicos que benefician a todos los integrantes de la familia, tanto en el presente como en el futuro.

Por su parte, en las escuelas es imprescindible formar a los estudiantes en inteligencia emocional y cultura de paz mediante los mecanismos pacíficos de resolución de conflictos. Desde la educación básica hasta la de nivel superior los educandos deben aprender a gestionar sus emociones, sentimientos y pensamientos, desarrollando capacidades de escucha activa, empatía, asertividad y compasión. Esto les dota de herramientas para prevenir y resolver conflictos pacíficamente, en un marco de respeto y concordia. Asimismo, es necesario capacitar a maestros, directivos, coordinadores y representantes académicos en esta materia, e instalar centros de mediación en las escuelas a fin de atender estas diferencias de manera adecuada e íntegra sin escalar el conflicto por desconocimiento o falta de recursos.

De igual forma, la mediación comunitaria con enfoque restaurativo es una herramienta pacífica que previene y soluciona problemáticas en los barrios y comunidades, favoreciendo la reconstrucción del tejido social. Las disputas vecinales —basura, cuidado de mascotas, estacionamiento, ruido a altas horas de la noche, entre otros— son cada vez más frecuentes. Por ello, resulta fundamental que los administradores de condominio estén formados en métodos alternos de solución de conflic-

tos, con el objetivo de atender las diferencias y procurar el bienestar colectivo. Asimismo, es importante que la ciudadanía jalisciense conozca que en los ayuntamientos existen los Centros de Mediación Comunitaria, a los que se puede acudir cuando surjan tensiones vecinales.

En conclusión, el conflicto forma parte de nuestra vida diaria y, si no contamos con las herramientas adecuadas para gestionarlo, puede escalar y producir rupturas que marcan la vida de las personas. En el caso de los hijos, estas experiencias pueden provocar heridas de rechazo, abandono, injusticia y traición que afectan su estabilidad emocional. Los conflictos familiares también repercuten en el ámbito escolar e inciden negativamente en la sociedad. Por ello, los mecanismos pacíficos de solución de conflictos, como la negociación, la mediación y la conciliación con enfoque restaurativo, constituyen una vía de esperanza para sanar heridas, transformar la vida de las personas y fomentar espacios de escucha, empatía y compasión, restaurando el tejido social. 

Para saber más:

Sanabria, O. (2018, 13 de abril). Retos de la Justicia Restaurativa [conversatorio]. ITESO, Guadalajara, Jalisco, México.

Zehr, H. (2007). *El pequeño libro de la Justicia Restaurativa*. Books Intercourse.



10 AÑOS DEL CIAS POR LA PAZ

TEJIENDO HISTORIAS PARA EL BUEN CONVIVIR

Gilberto Lenin Torres Lázaro

El Centro de Investigación y Acción Social por la Paz (CIAS por la Paz) es una obra social de la Compañía de Jesús en México, fundada en agosto de 2015 a partir de las preocupaciones y estrategias planteadas en el curso de la Planeación Apostólica 2011–2020 de la Provincia Mexicana. Bajo el liderazgo del jesuita Jorge Atilano González Candia y el sociólogo Gabriel Mendoza Zárate, el CIAS nació como respuesta al clamor de un país herido por múltiples violencias, con la convicción de que la paz se construye desde abajo, en diálogo con las comunidades y desde la fuerza de los vínculos.

En estos diez años celebramos la realización de un sueño que se ha hecho camino: junto con más de 75 mil personas que apuestan por reconstruir la esperanza, hemos acompañado decenas de comunidades en 62 municipios de 20 estados del país. Hemos generado más de 20 publicaciones que recogen experiencias, metodologías, aprendizajes y propuestas para el Buen Convivir, y hemos im-

pulsado procesos educativos que fortalecen a líderes locales, organizaciones e instituciones comprometidas con la paz.

Este aniversario es también un momento de profundo agradecimiento. Agradecemos a las cientos de personas que han colaborado, asesorado y acompañado al CIAS por la Paz, especialmente a quienes han servido desde sus profesiones: mujeres y hombres jóvenes, así como personas con una larga trayectoria y camino recorrido, que han compartido con generosidad su saber y experiencia. Y agradecemos también, con el mismo corazón, a los pueblos, comunidades e instituciones que nos han permitido caminar con ellas, confiándonos sus historias, sus dolores y sus sueños.

Esta alegría se suma a la de resistir desde la construcción de paz, de sabernos parte de una Iglesia y de una sociedad que no renuncia a la posibilidad de vivir con dignidad. No presumimos resultados; los celebramos dignamente, como fruto de un camino compartido.

Es comunicólogo por la Facultad de Estudios Superiores «Acatlán» de la UNAM. Desde 2015 colabora en el CIAS, donde coordina procesos de innovación social, incidencia territorial y reconstrucción del tejido social. Ha participado en diversas publicaciones y guías metodológicas de la institución.

En este número de *CHRISTUS* compartimos los aprendizajes acumulados y los desafíos por venir: comprender las violencias como ruptura de vínculos, reconstruir el tejido social como praxis política, asumir el Buen Convivir como utopía operativa y desplegar



una pedagogía que sana, revincula y renueva las comunidades.

1. Comprender las violencias como ruptura de los vínculos

Hablar de paz en nuestro tiempo es confrontar el dolor de la ruptura que atraviesa nuestras relaciones más profundas. Para el CIAS por la Paz la violencia no es simplemente un dato estadístico ni un fenómeno criminal; es, ante todo, una herida en el tejido social, un quiebre en los vínculos que nos constituyen como personas y comunidades. Desde nuestras primeras investigaciones y experiencias de acompañamiento comprendimos que las violencias emergen en procesos de desvinculación: pérdida del sentido de pertenencia, fractura de la confianza y debilitamiento de la institucionalidad local. En palabras del papa Francisco en *Laudato si'*: «La paz interior de las personas está muy relacionada con el cuidado de la ecología y del bien común porque, auténticamente vivida, se refleja en un estilo de vida equilibrado unido a una capacidad de admiración que lleva a la profundidad de la vida». Esta certeza nos ofrece una brújula ética: reconstruir el tejido social exige restaurar las relaciones con nosotros mismos, con los otros, con el entorno y con Dios.

Cuando hablamos de reconstrucción, coincidimos con el sentido que John Paul Lederach atribuye a este concepto dentro de su propuesta de construcción de paz. Para nosotros reconstruir no implica nostalgia ni simple reparación de lo roto; se trata de un ejercicio de resignificación que, con lo mejor del pasado y lo más valioso del presente, genera nuevas síntesis para el futuro. Desde esta mirada, reconstruir es también construir de nuevo: volver a tejer sentido, actualizar nuestras narrativas colectivas y generar condiciones para la vida digna.

El tejido social, entendido como la configuración de vínculos comunitarios, institucionales y estructurales que hacen posible el buen convivir, se fortalece cuando las familias, las escuelas, las economías locales, los gobiernos y las comunidades de fe dialogan y acuerdan horizontes comunes. Allí, la identidad, los vínculos de cuidado y los acuerdos colectivos son configurantes que sostienen la vida compartida.

Este enfoque se vuelve especialmente urgente ante lo que Jenny Pearce denomina «violencia crónica», aquella que habita las esferas íntimas y cotidianas, naturalizada en la vida familiar, comunitaria y social. Comprender estas lógicas de las violencias nos ha permitido diseñar procesos de reconstrucción del tejido social que abordan no sólo los síntomas visibles, sino también las raíces culturales, afectivas y relacionales de las violencias, creando así condiciones profundas para la construcción de paz.

No obstante, este enfoque no pretende reducir la transformación social a un intimismo cómodo ni a la consigna tramposa de que «el cambio empieza por uno mismo». Estamos convencidos de que las posibilidades reales de construir paz comienzan con el diálogo, no siempre terso ni libre de tensiones, pero sí orientado a la disposición de los espacios donde las personas puedan encontrarse. Tal como sugiere el esquema de John Burton (1990) del triángulo de posiciones, intereses y necesidades, el diálogo bien conducido permite identificar los puntos de encuentro, discernir nuestras necesidades compartidas y, en consecuencia, reconocer los intereses comunes que sostienen el bien común.

Estos procesos no son únicamente individuales: la reconstrucción del tejido social requiere que tanto el dolor como la esperanza se tramiten comunitariamente, integrando el



Foto: © Gilberto Lenin Torres Lázaro

enfoque de sanación del trauma individual y colectivo, de modo que la transformación personal se ancle en horizontes comunitarios más amplios. Este tránsito del conflicto hacia el encuentro es, en sí mismo, un acto de construcción de paz.

Metodológicamente, este camino ha sido participativo y reflexivo, combinando el quehacer académico con la experiencia del acompañamiento junto con quienes viven —vivimos— entre la fragilidad y la esperanza. Cada proceso nos recuerda que no existen recetas prefabricadas: es necesaria la inmersión, la escucha y el discernimiento comunitario, animados por una visión ignaciana que busca encontrar a Dios en todas las cosas.

Reconstruir el tejido social no es sólo reparar lo roto: es tejer de nuevo el sentido, transformar el miedo en confianza, el aislamiento en comunidad y la desesperanza en horizonte.

2. Reconstruir el tejido social: una forma política de hacer paz

Reconstruir el tejido social no es una acción menor ni un gesto asistencial: es, en sí misma, una praxis política. Esta convicción es central para nuestro quehacer como organización: reconstruir el tejido social es abrir senderos, caminos donde las personas y las comunidades pasan de ser participantes condicionadas a sujetas capaces de reconfigurar sus relaciones, disputar sentidos y transformar sus territorios.

Siguiendo la propuesta de Gabriel Mendoza, el tejido social es «el entramado histórico de relaciones sociales e institucionales que favorecen la cohesión y la reproducción de la vida social». Es un concepto operativo con triple función: describir el estado de los vínculos en un momento dado, explicar sus dinámicas de transformación e indicar rutas para su re-



configuración. Reconstruirlo no significa simplemente reparar lo que se rompió: implica reconfigurar los vínculos comunitarios, las estructuras institucionales y los determinantes estructurales que sostienen la vida colectiva.

Sin embargo, el concepto de tejido social ha sido trivializado en el debate público. Muchas veces se usa como un término atractivo en los discursos, pero sin traducirse en procesos reales que fortalezcan a las comunidades. Frente a esto, insistimos en que la reconstrucción del tejido social requiere acompañamiento con sentido profundo, como lo demuestran las experiencias sistematizadas en nuestras últimas investigaciones: en Policía Municipal y Comunidad Organizada, promueve la construcción de redes de confianza entre ciudadanía y autoridades; en 10 Modelos de Gobernanza Municipal, el tejido social se convierte en estructuras ciudadanas para la deliberación y el consenso; en Atención a la Conflictividad Local, en un marco para gestionar conflictos complejos desde el territorio.

Reconstruir el tejido social es político porque desplaza y atrae hacia lo común las fronteras del poder: articula familias, comunidades de fe, gobiernos locales y organizaciones sociales para deliberar el destino de la vida compartida. Pero también es espiritual, porque bebe de una espiritualidad encarnada que, como afirma Juan Luis Hernández Avendaño, entiende que Dios camina con nosotros en nuestras luchas y esperanzas.

Así entendido, reconstruir el tejido social es hacer paz desde abajo y con todos: no sólo abrir espacios de convivencia; es aprender a hablarse de nuevo, incluso entre quienes antes se miraban con recelo. Es transformar los espacios en lugares de encuentro deliberativo, donde se recrean las relaciones, se recono-

cen las diferencias y se acuerdan horizontes comunes.

3. El Buen Convivir: una utopía política hecha práctica

El Buen Convivir para el CIAS por la Paz se erige como un horizonte ético y operativo que desafía las estructuras que limitan nuestra capacidad de imaginar futuros distintos. Lo definimos como «la construcción de condiciones sociales, económicas, políticas y culturales que promuevan el cuidado de la vida, favorezcan la comunicación y la confianza entre las personas y las familias, refuercen el sentido de vida comunitario y festivo, y fomenten el cuidado de la tierra».

Adolfo Sánchez Vázquez nos recuerda que la utopía es «crítica del presente y apertura a lo posible», una fuerza que nos impulsa a cuestionar lo establecido y a imaginar nuevas formas de convivir. Sin embargo, como advierte María Teresa Cordero Salgado, «los seres humanos, los únicos con la posibilidad de transformar sus condiciones de vida, han abandonado valores colectivos, sustituyéndolos por la inmediatez, la banalidad, el utilitarismo y, sobre todo, el individualismo». Este sistema, que incapacita para soñar, se refleja en instituciones que reducen a las personas a meros usuarios, en lugar de agentes activos de transformación.

Frente a esta realidad, los movimientos sociales, las organizaciones civiles y las comunidades organizadas resisten y crean espacios de utopía. Estos espacios son vitales, pues permiten soñar otros futuros y reanimar la capacidad de ser y hacer institución, configurando nuevas formas de convivencia. El Buen Convivir, entonces, es esa utopía que nos invita a soñar y actuar juntos, a reconstruir nuestras



relaciones desde las heridas, pero con la certeza de que en esos lugares de dolor también puede surgir la sanación y la esperanza. Como dijo una participante en Chalco: «Convivir no es sólo estar juntos, es aprender a escucharnos y a soñar cómo queremos vivir».

En este sentido, el Buen Convivir no sólo es una utopía crítica y una esperanza activa, sino también una invitación a mirar el mundo como una casa común. Como afirma el papa Francisco, «todo está conectado, y por eso se requiere una preocupación que integre la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres».

4. La Pedagogía del Buen Convivir: ciclos para transformar el dolor en esperanza

En nuestra experiencia hemos aprendido que no hay paz sin sanación, ni sanación sin una reconstrucción de los vínculos sociales. Esta certeza sostiene la Pedagogía del Buen Convivir, una propuesta que combina saberes comunitarios, espiritualidad ignaciana y una profunda vocación política, impulsando a las personas y comunidades a transitar de la herida al protagonismo social: a asumirse como sujetos capaces de restaurar sus relaciones y generar condiciones para el Buen Convivir.

La Pedagogía del Buen Convivir consta de seis etapas que forman un ciclo en movimiento, adaptable a cada contexto.

- Sensibilizar es el inicio, cuando se abre el corazón y la conciencia para reconocer el dolor personal y colectivo. Aquí la pedagogía toma el gesto de Jesús que se detiene ante el sufrimiento: mirar con compasión y dejarse afectar por lo que hiere al otro.

- Encuentro es disponerse a caminar juntos, compartiendo historias en espacios seguros y resignificando las heridas y desconexiones. Inspirados en el Cristo que escucha antes de hablar, generamos conversaciones en las que el dolor se convierte en posibilidad de vínculo, cuando las personas ya no cargan solas sus heridas.

- Comprender supone dar un paso más: analizar las causas de las fracturas sociales, asumir responsabilidades, discernir lo que nos mantiene desconectados y reconocer los recursos propios individuales y colectivos. Es el momento en el que las comunidades se reconocen no sólo como víctimas, sino como protagonistas de su propia transformación.

- Transformar es traducir el dolor en acción: construir proyectos colectivos, reorganizar prácticas y estructuras que impiden el buen convivir. Es el tiempo de la creatividad social, cuando lo aprendido se vuelve propuesta y acción.

- Revincular es recomponer las conexiones con Dios, con los otros, con la tierra y con la historia. Es experimentar que las heridas, una vez reconocidas, pueden convertirse en puntos de encuentro y reconciliación.

- Renovar busca consolidar estos aprendizajes en acuerdos, celebraciones y narrativas que sostengan el nuevo tejido social. Es ver que la esperanza no queda en palabras, sino que se organiza en proyectos de vida compartida.

Esta pedagogía ha hecho posible diseñar programas, desarrollar aplicaciones metodológicas y poner en marcha acciones concretas que acompañan a comunidades, organizaciones e



instituciones; no obstante, advertimos el riesgo de que en ocasiones sea percibida como una serie de pasos lineales, lo cual debilita el proceso y reduce su potencial transformador.

Así pues, subrayamos su carácter de cíclico y en bucle. Como señala Edgar Morin, los procesos educativos y sociales no son lineales sino cíclicos: cada etapa retroalimenta a las demás y puede recorrerse varias veces, profundizando en cada vuelta.

Más que una metodología, la Pedagogía del Buen Convivir anima la emergencia del sujeto político, abriendo posibilidades para que las personas y las comunidades negocien el sentido de su vida colectiva, discernan su futuro y lo construyan juntas. En los círculos restaurativos más de una vez alguien ha dicho: «No sabía que lo que me pasa también les pasa a otros». Comprender que el dolor tiene historia y que no se carga a solas ha sido el primer paso para revincularse con su comunidad. Así, sanar empieza por «nombrar el daño», como recuerda Sara Ahmed, y traducirlo al ámbito público requiere construir un lenguaje colectivo que permita su escucha justa.

Espiritualmente, esta pedagogía se nutre de la experiencia cristiana: un Dios que acompaña la historia herida y la transforma. Como sintetiza Jorge Atilano González: «Tocar el dolor del mundo es tocar la fuente de la resurrección». De esta forma, la Pedagogía del Buen Convivir es un proceso vivo que entrelaza la sanación, la acción política y la fe encarnada. No es una receta ni un listado de pasos, sino un bucle que nos enseña que sensibilizar, encontrarnos, comprender, transformar, revincular y renovar son dimensiones inseparables en la búsqueda de una paz que sana las heridas y sostiene el sueño del Buen Convivir.

5. Desafíos, advertencias y horizontes de esperanza

Acompañar procesos comunitarios hacia el Buen Convivir no es tarea sencilla. En el CIAS por la Paz reconocemos que la reconstrucción del tejido social exige un acompañamiento profundo y auténtico, que no sustituya el protagonismo de las comunidades ni reduzca los procesos a intervenciones asistenciales. Esta convicción nos obliga a revisar continuamente nuestra práctica para que corresponda a nuestra apuesta: una paz que brota desde lo local se teje en los vínculos cotidianos y se fortalece en alianzas que amplifican las voces de los territorios.

En este camino el discernimiento se convierte en una herramienta indispensable. Como afirma Juan Luis Hernández Avendaño, «una espiritualidad de la Esperanza anima, prepara y forma en el discernimiento». Sociedades como las nuestras, violentas, injustas e impunes, nos colocan cada día ante dilemas que requieren reflexión y decisión: «El discernimiento para descubrir la voluntad de Dios en nuestra realidad se convierte en una necesidad esperanzada». Esta espiritualidad no se queda en la contemplación, sino que se conmueve con el pueblo crucificado y prepara un banquete para la humanidad, anunciando la resurrección en nuestro caminar diario.

Y es que acompañar comunidades no siempre significa dar respuestas, muchas veces es sostener preguntas; preguntas que guían nuestro examen y alimentan el discernimiento:

- ¿Cómo aseguramos que nuestros acompañamientos respeten el protagonismo y los tiempos propios de las comunidades, evitando sustituirlos por nuestras agendas institucionales?



- ¿Estamos dispuestos a dejar que los procesos territoriales desestabilicen nuestras «certezas» y transformen nuestras formas de trabajo para corresponder mejor a nuestra misión?
- ¿Cómo logramos que cada decisión, metodología o alianza que impulsamos responda verdaderamente a nuestra apuesta por el Buen Convivir y la reconstrucción del tejido social, y no a lógicas externas de eficiencia o resultados inmediatos?

Estas preguntas no son ejercicios retóricos; son invitaciones al discernimiento. Nos desafían a examinar si nuestra práctica encarna realmente nuestra misión y si los caminos que recorremos, en comunidades, organizaciones e instituciones, mantienen viva la esperanza que nos anima: que el Buen Convivir es posible cuando las heridas se convierten en fuente de encuentro, las comunidades en sujetos de cambio y las alianzas en bases de transformación.

Un llamado a caminar juntos por la paz

Al mirar estos diez años del CIAS por la Paz vemos rostros, historias y territorios que nos han enseñado que la paz no es un concepto abstracto sino un camino compartido que se construye con paciencia, compromiso y esperanza. La reconstrucción del tejido social, el Buen Convivir y la pedagogía que hemos desarrollado no son propuestas aisladas: son prácticas vivas, aprendidas de la mano de las comunidades que nos confiaron sus heridas y nos mostraron que en el dolor también puede brotar la vida.

En este aniversario reafirmamos nuestra apuesta por los procesos locales, por una paz que nace en las calles, en las asambleas co-

munitarias, en las aulas, en las parroquias, en los campos y las plazas donde el clamor por la dignidad se transforma en acción colectiva. Sabemos que los desafíos son enormes: las violencias persisten, los sistemas que generan exclusión siguen operando, y a veces nuestras propias estructuras pueden obstaculizar el cambio que deseamos.

Tejer implica unir hilos rotos, dar nuevos sentidos a las heridas y sostener la vida en común con paciencia y esperanza. Por eso, hoy llamamos a discernir juntos: a leer los signos de los tiempos, descubrir la voluntad de Dios en medio de la historia y decidir con valentía lo que hace presente el Reino en lo cotidiano.

Que este artículo no sea un punto final, sino un punto de partida: una invitación a quienes nos leen a comprometerse en procesos que sanen heridas, revinculen relaciones y renueven el sueño de la paz. Sigamos tejiendo vínculos, como Iglesia y sociedad, para que el Buen Convivir sea una realidad viva, justa y digna para todos y todas.

Para saber más:

Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones* (2ª ed.). UNAM.

Cordero Salgado, M.T. (2016). *Del Anhelito Utópico a la Utopía Política*. XIV Coloquio Internacional de Geocrítica. Las utopías y la construcción de la sociedad del futuro. Barcelona, 2-7 de mayo de 2016.

González Candia, J.A. (2016). *Un Camino para la paz. Experiencias y desafíos en la Reconstrucción del tejido social*. CIAS por la Paz.

Hernández Avendaño, J.L. (2024). *Geopolítica de la esperanza*. Universidad Iberoamericana Torreón.





RECIBIDOS EN LA PAZ

Pedro A. Reyes Linares

Tal vez una de las meditaciones más célebres de los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola sea la que se conoce como «Dos Banderas» (EE 136–148). La escena reproduce quizá los recuerdos juveniles de Ignacio imaginando el día anterior a una batalla, cuando los enemigos acampan uno frente al otro, ostentando sus estandartes con los símbolos propios de su escuadra. Muchas actualizaciones se han tratado de hacer de esta escena para quitarle ciertos acentos propios del belicismo del siglo XVI en que Ignacio vivió y reflejar preocupaciones más cercanas a otras épocas, u ofrecer claves psicológicas para lo que ahí se nos presenta metafóricamente. Sin embargo, la escena y la narrativa de Ignacio sigue siendo sugerente para llevarnos a proponer cómo abordar una vida en constante enfrentamiento de intereses, con fuerzas contrapuestas para defenderlos; es decir, una vida muy parecida a la de ahora y que, tal vez, hemos vivido desde siempre.

No es extraño encontrarnos en preparación para la batalla. Surge una diferencia y nuestra vida parece definirse por campos contrapuestos. Batalla interior y espiritual, define bandos

y solidaridades y nos da la sensación de estar movidos por dos formas distintas de abordar el conflicto. Es una situación casi universal. Y podríamos decir que queremos la paz, pero tal vez nos la imaginamos de una manera muy distinta, y esa forma de proyectarla puede ir en contra de nuestras intenciones. Lo que importa realmente es que la paz se anticipa ya con el ambiente que estamos promoviendo y con la estrategia que orienta nuestras acciones. Y en eso se fija la meditación de Ignacio.

Aunque se trata de una meditación que invita a usar la inteligencia y el discernimiento en el escenario en que nos encontramos, Ignacio nos introduce en este ejercicio por medio de una contemplación. Se detiene en describir la escena, y así nos coloca no en la batalla declarada sino en la noche anterior. Los campamentos se han montado y cada uno mira a su enemigo desde su propio campo. Esa mirada provoca movimientos internos en los participantes, que buscan modelar esa visión para aprender cómo y a dónde dirigirse en esa batalla.

Entre los campos hay un espacio que define el terreno de la disputa. Es un terreno habitado, pues ahí están todos esos otros que son llamados a uno y a otro lado. Ignacio coloca a la humanidad en ese espacio. No estamos

Integrante de la Compañía de Jesús, profesor del ITESO y director de la revista *CHRISTUS*.



Foto: © Xavi Serret, Cathopic

todavía bajo ninguna de las dos Banderas, por más que las contemplaciones anteriores del llamamiento, la encarnación, el nacimiento y las de los primeros años de Jesús parezcan haber dejado una atracción irresistible por su modo y su forma de vida. Queremos estar en su Bandera, pero también nos arrastran otras fuerzas. He ahí la batalla, el conflicto. Ese terreno intermedio es el de nuestros deseos que, naciendo de nuestro propio corazón, son susceptibles, sin embargo, de ser seducidos y llevados a conductas que un servidor consciente de Jesús no querría asumir. El problema es que no siempre nos mantenemos en esa conciencia y la meditación pretende despertarla, si es que se ha dormido, y aclararla y animarla, aunque teniéndola la hemos dejado confundirse con las propuestas que nos llegan, una tras otra, sin ocasión de discernir.

Dándonos tiempos de mirar a uno y otro campo podemos notar sus diferencias. Pero cuando nos encontramos en estas situaciones de conflicto no estamos acostumbrados a mirar a los dos lados, a los dos modos de proceder, porque suponemos que conflicto equivale a guerra y ésta a la destrucción de nuestro contrario. La gran sorpresa de la meditación es que hay otra manera de vivir el conflicto, y eso es precisamente lo que hay que considerar para desligarnos de ese modo que el mundo decreta como único. El primer engaño que la meditación pide deshacer es la idea de que, en el campo conflictivo que es la vida, la guerra es nuestro único destino y la única forma de tratar nuestros conflictos. Hay otro modo, el de Jesús, nuestro capitán, y es ése el que hemos de pedir como vida verdadera que se nos ofrece y se nos quiere dar.



Así, Ignacio nos pide fijarnos en el ambiente de esos campos y, en primer lugar, en el de Jerusalén, donde «el sumo capitán general de los buenos es Cristo nuestro Señor» (EE 138). Este preámbulo a la meditación es ya un primer movimiento contrario a esa guerra que es la clave acostumbrada para leer el conflicto. Si reconocemos en Cristo a nuestro capitán, ¿será su comportamiento el de cualquier otro capitán en la batalla, de modo que no importe si de un lado están los buenos y del otro los enemigos? No creemos que sea así, debe haber otro estilo. Esta convicción se refuerza, también, porque cuando hacemos las Banderas estamos contemplando a Jesús convirtiéndose en buena noticia para los pobres y excluidos, enfermos y pecadores, dedicando su tiempo a crecer en medio de estas personas, aprendiendo a escucharlas, descubriendo su fe y admirándose de ella. Es Jesús el Espíritu que las busca, las valida, las integra y las convierte en principio y referente de una nueva comunidad. El modo de Cristo en la batalla no contradice la noticia que quiere traer, ni la sacrifica a una victoria marcada por tiempos que buscan derrotar, anular, excluir. Así, miramos primero a Cristo, nuestro capitán, queriendo ser de «sus buenos», poniendo en suspenso lo sabido y acostumbrado de la guerra para abrirnos a su modo como camino de paz.

Ya esta consideración nos da intención al mirar el campo contrario. He ahí el enemigo, es decir, el modo contrario al de Cristo, guiado por otros intereses y formado en otras maneras de abordar a las personas y la realidad. En el primer punto resalta la gran «cátedra de fuego y humo» donde se sienta el mal caudillo «en figura horrible y espantosa» (EE 140). La cátedra propone ya el principio de ese campo: una jerarquía rígida que mantiene a distancia con su abrasador fuego al que pretenda acercarse. Es el poder violento que se refugia en sacralidades que amenazan con destrucción a

quien se acerque, pues todo el que llega en sus inmediaciones es enemigo. Su sola cercanía pone a temblar al poderoso y le impulsa a pedir su sometimiento o destrucción. No bajará de su trono, pero enviará a sus esbirros para hacerle ese trabajo: someter y someter universalmente. No hay rincón libre de sospecha; todo espacio que no quede dominado puede ser peligroso. La vigilancia tiene que expandirse «no dejando provincias, lugares, estados ni personas algunas en particular» (EE 141). El miedo siempre sugiere encadenar, someter o destruir.

De ahí que su estrategia ponga al miedo en el centro de sus pasos: primero, codicia, es decir, el miedo a perder lo que da seguridad. La riqueza no se mide cuantitativamente sino por su cualidad de hacernos sentir bien apertrechados en un mundo que se caracteriza, dice la codicia, por la carencia y la estrechez. Como no hay para todos hemos de arrebatarnos, y vivimos entonces tan espantados de perder, que podemos entregar nuestra libertad para evitar ese miedo, aunque sea por un rato. Y en esa seguridad fundamos también nuestro valor y reconocimiento. Pero al fundarlos en esta paradójica libertad esclavizada por el miedo, ese valor y reconocimiento resultan «vano honor del mundo» (EE 142), dice Ignacio.

Es el valor que se engaña pues se mide en la admiración por la fuerza de acaparar que, inevitablemente, llegará a menguar y se agotará por completo; es engaño porque supone la mentira del omnipotente, pero también porque nos ocupa tiempo, y los tiempos de otras personas y criaturas que están al alcance, para dedicarlos a construir ese mundo de mentira. De ahí el tercer eslabón de la cadena, pues pretendiéndose señor de todos los tiempos construye su vida sobre la arena cambiante de la fuerza y la violencia con el deseo de dominar el cambio y vivir en soberbia, que



“No podemos controlar las circunstancias ni ponerle las medidas, ni queremos hacerlo —de ahí el amor—, pero la noticia nos anuncia que si hay una pequeña grieta o hueco, ahí cabe ya la fuerza transformadora de su alegría”.

es poner la vida propia como el centro de toda la vida.

La familiaridad actual de este campo del enemigo no ha de persuadirnos de desolación. La primera mirada al campo de Jesús ya nos prevenía, sin embargo, de creer que éste es el único mundo que podemos crear. Ignacio nos invita a volverlo a mirar para confirmarlo y, así, desear, amar y trabajar para que el mundo sea lo que este campo de Jesús, que también está en él. Al campo de Jesús no se le ahorran conflictos y dificultades, pero su clima es contrario: frente a la estrechez supuesta por quien vive en la codicia, el campo aquí se muestra grande, amplio y capaz de acoger a las personas y criaturas en ese «lugar humilde, hermoso y gracioso» (EE 144). Y las personas que se acercan son no sólo recibidas, sino elegidas, confiándoles personalmente esa buena noticia que, si así lo deciden, pueden también compartir y llevar. Si han conocido la alegría de la noticia, la compartirán, enviadas como quien sabe que ha recibido el mayor tesoro de su vida.

Tres pasos también caracterizan a esta vida agradecida: amor a la pobreza, pues sabe que es tan buena la noticia que no hay situación

maldita o invivible que no pueda ser por ella convertida en oportunidad de comunidad, de vida y de alegría. No podemos controlar las circunstancias ni ponerle las medidas, ni queremos hacerlo —de ahí el amor—, pero la noticia nos anuncia que si hay una pequeña grieta o hueco, ahí cabe ya la fuerza transformadora de su alegría. Pero si la oportunidad es pequeña, habrá que aprender a soportar el menosprecio, pues no faltará quien no la vea suficiente para darle el valor que merece y con ella a esas vidas que se comprometen con la alegría. Y es que, al final, somos criaturas y humanos; aprendimos a vivir en otros brazos y hemos sido hechos para el aprendizaje, paso a paso, de lo nuevo que nos fuerza a reconocernos otra vez barro humilde (de *humus*, tierra), modelable, recreable, así como Cristo, también *humus*, también tierra, en las manos del Creador y su creación.

Al final de esta meditación, una conversación. Y es que no termina el ejercicio en una declaración de propósito, como quien se siente poderoso y capaz de cumplir con la lección aprendida. Hemos pasado por nuestros deseos acostumbrados y nos hemos dejado mover por el Cristo, por el Hijo, que también con nosotros va aprendiendo y haciendo experiencia de lo que el amor puede traer a la vida. Su voz enseñada nos enseña ahora también, para desaprender la guerra y el sometimiento, y ensayar la entrega a la alegría, a la confianza y a crear con el Creador. El fruto es entonces esta conversación con quienes ya han vivido el conflicto en esta manera (María y Jesús), para que nos cuenten sus experiencias, sus aprendizajes, sus intentos y sus búsquedas. También renunciaron a la guerra de su tiempo y aprendieron a convertirse en ocasión de paz. Hoy, conversando con ellos, somos recibidos en su paz para dejarnos convertir también en oportunidad para vivir y crear ambientes de paz.





DIÁLOGO INTERRELIGIOSO CON PERSPECTIVA SOCIAL

Elías González Gómez

Tahil Sharma es un activista interreligioso de Los Ángeles, California. Nacido en una familia con madre sij y padre hindú, desde muy joven ha dedicado su vida al trabajo por la paz entre comunidades espirituales y su aporte en la construcción de un mundo más inclusivo, en paz y abierto a los derechos para todas las personas. En muchas ocasiones se considera el trabajo interreligioso como una honrada labor, mas no necesariamente relacionada con temas de justicia social, resistencia civil no violenta y lucha por la creación de un mundo en el que quepamos todas y todos. Tahil, en cambio, no concibe el diálogo interreligioso si no es en términos de interseccionalidad, es decir, incluyendo las luchas que las personas emprenden por sus derechos desde distintos ámbitos de la sociedad. Así, el diálogo interreligioso adquiere, especialmente en el contexto sociocultural atravesado por guerras y diversas formas de violencia en el que vivimos, una dimensión que va más allá de la mera comprensión entre tradiciones.

Filósofo y escritor. Su campo de interés es el diálogo interreligioso y la relación entre la mística y las luchas sociales. Coordina la Cátedra Jorge Manzano, S.J., y colabora en el Centro Universitario Ignaciano del ITESO.

Elías González Gómez (EGG): *¿Puedes contarnos un poco de ti y tu caminar en el diálogo interreligioso? ¿Cómo te involucraste en éste y por qué lo consideras importante?*

Tahil Sharma (TS): Puedo describirlo como una coincidencia o como mi destino en la vida, pero mi relación con el dialogo interreligioso empezó con mis padres. Mi mamá es sij y mi papa es hindú. Nací en la ciudad de Los Ángeles, llena de culturas, lenguas, paisajes y pensamientos diversos. Desde que puedo recordar, he sentido una gran curiosidad por los ritos de varias comunidades religiosas. Hice *puja* (oraciones hindúes) en la casa; fui muchas veces con mis padres al *gurdwara* (templo sij); cada domingo iba a la catedral cerca de nuestro apartamento con mi niñera oaxaqueña, y con frecuencia visitaba la casa de los amigos de mis padres durante *Ramadán* (el mes sagrado para los musulmanes) para ver cómo realizaban el *namaz* (proceso de rezar en islam). Para varias familias este tipo de exploración religiosa parece muy rara para un niño de cinco o seis años. La verdad es que mis padres pensaban un poco diferente; ellos siempre me han dicho que no es malo saber y entender más sobre las diferencias de otras personas. Como inmigrantes que llegaron a Estados Unidos entre 1986 y 1987, la idea de



Foto: © Tahir Sharma

respetar y valorar la diversidad de culturas ya formaba parte de sus creencias desde su niñez en la India. El diálogo interreligioso no es una actividad en la cual me puedo involucrar, sino una tradición de generaciones en mi familia.

EGG: Nos encontramos en un mundo cada vez más violento, en donde pareciera que los escenarios bélicos se están multiplicando. ¿Cuál es tu análisis de esta realidad y, particularmente, cómo percibes la situación actual de Estados Unidos bajo el régimen vigente?

TS: Mi análisis no tiene mucho valor, pero observo que la gente del mundo está despertándose y dándose cuenta de que es capaz

de cambiar las circunstancias para crear un mundo de paz inclusiva y abundante. Los déspotas siempre buscan métodos para abusar de su autoridad, silenciar y hacer daño a quienes demandan justicia, pero la historia nos recuerda que los ecos de nuestros ancestros que desafiaron el colonialismo cantan y rezan para nosotros diciendo: «Si pudimos hacerlo, ustedes también pueden». En el caso de Estados Unidos, el régimen continúa vulnerando los derechos de las comunidades minoritarias, convirtiendo a ciudades como la nuestra, Los Ángeles, en un campo para separar familias y destruir la verdadera promesa de una tierra de libertad y oportunidades. Sin embargo, miles de personas siguen «derritiendo el hielo» para proteger barrios y familias, lo que en mi opinión representa la forma más profunda de solidaridad interreligiosa que puede existir en el mundo. Las vigiliass y las marchas, con flores colocadas a los pies del ejército y con el llamado a «traer paz y seguridad en contra de los disturbios», permanecen como un gran símbolo de resistencia no violenta frente a la violencia extrajudicial que ha dejado a tanta gente lastimada y asustada.

EGG: Desde tu perspectiva como activista interreligioso y practicante espiritual, ¿qué es lo que podemos hacer las personas de fe para comprometernos en medio de situaciones que indignan, pero también dan miedo?

TS: Necesitamos hacer tres cosas para transformar el movimiento interreligioso en una fuerza decisiva en el trabajo para la justicia.

Primero, debemos generar nuevas ideas e intenciones para el diálogo en favor de la paz. Que los líderes espirituales hablen de paz, desde sus altas posiciones e instituciones, no puede ser la única forma de transmitir el mensaje a la gente. Desde la perspectiva de jóvenes y adultos que anhelan inclusión y aspiran a una vida estable y próspera, a los lí-



“ A los líderes religiosos les corresponde entender que la paz no es una idea pasiva, sino una acción que se encuentra fuera de las cuatro paredes de una iglesia, sinagoga, mezquita o templo. La conexión con la divinidad eterna no aparece cuando hablamos de paz en privado, sino cuando luchamos por la justicia de todas las personas”.

deres religiosos les corresponde entender que la paz no es una idea pasiva, sino una acción que se encuentra fuera de las cuatro paredes de una iglesia, sinagoga, mezquita o templo. La conexión con la divinidad eterna no aparece cuando hablamos de paz en privado, sino cuando luchamos por la justicia de todas las personas en el zócalo o en cualquier centro público donde se manifiesta la diversidad de nuestra humanidad.

Segundo, es preciso desarrollar una nueva comprensión en torno a la incomodidad y la no violencia. La idea de sentirnos incómodos con el desacuerdo me hace reír mucho porque no puede haber consenso en todos los temas. Para mí la incomodidad es el sazón de nuestra existencia: despierta la curiosidad y la búsqueda de resoluciones que pueden llevarnos a mejores circunstancias. Sin el desacuerdo, las discusiones y las ideas que impulsan a mejorar la sociedad no habría sentido en hablar de coexistencia en el pluralismo. Habrá que asimilar eso para reconocer la creatividad de Dios, que no nos hizo idénticos ni nos dio los mismos pensamientos o experiencias.

Para muchas personas la diferencia significa una amenaza contra lo que es considerado «normal» o «parte de la tradición». Hay quienes toman la decisión, en el plano individual, comunitario o legislativo, de oponerse a ello. Como vemos en todo el mundo, la violencia persiste bajo múltiples formas. Aunque hay

conocimiento de la desobediencia civil y las metodologías de líderes como Gandhi y Martin Luther King, el siglo XXI nos invita a ir más allá de las marchas y las flores. Nos convoca a ser activistas de distintas maneras, a encontrar nuevas formas de defensa para nuestras comunidades y a renovar las estrategias que promuevan la participación de la gente en el desmantelamiento de los sistemas de opresión y corrupción presentes en nuestros países.

Tercero, tenemos que entender el impacto de la interseccionalidad en nuestro trabajo interreligioso. La verdad es que, si no reconocemos la interconexión entre identidades diversas y los distintos movimientos que luchan por la justicia, no lograremos construir un movimiento sostenible capaz de cambiar la realidad para mejor. Es admirable identificarse como un ciudadano del mundo, pero ese pensamiento limita la comprensión de las comunidades e identidades que tuvieron impacto en nuestra formación. Además, es muy importante analizar las consecuencias de cada acción, ley o norma y el efecto que pueden tener en el futuro de millones de personas. Por ejemplo, la protección de las comunidades religiosas minoritarias en cualquier país no sólo representa la protección de la libertad religiosa, sino que también protege la libertad de expresión personal y el derecho de comunidades diferentes para vivir y expresar su individualidad. 



EN SU PROPIA VOZ

ESTE PAN TAMBIÉN ES TUYO

UN MINISTERIO ORDENADO AL SERVICIO DE LA PAZ

Maximiliano Fernández Rojas, S.J.

« La paz sea con ustedes» (Lc 24, 36). Así se presentó Jesús resucitado a sus discípulos, que estaban encerrados, temerosos y confundidos. Esta frase me ha acompañado muchas veces durante mi formación sacerdotal. Soy consciente de que éste no es un saludo de compromiso; es una palabra viva que abre el corazón en medio del miedo y que aligera el alma cuando todo parece oscuro. Para mí, que me dirijo hacia el diaconado, es una promesa y una tarea.

Soy Maximiliano Fernández, jesuita mexicano, y me estoy preparando para recibir la ordenación diaconal a finales de 2025. Desde 2014, cuando entré a la Compañía de Jesús, he recorrido distintas etapas que me han configurado como compañero de Jesús. Plátano y Cacao, en Tabasco, fue mi primera comunidad jesuita. Allí, entre selva, calor y personas con un corazón enorme, descubrí que acompañar a la gente es algo profundamente sagrado. Luego vinieron Ciudad Guzmán, Guadalajara,

Ciudad de México y Bogotá, y en cada uno de estos lugares se me ha revelado un rostro diferente de Dios. Hoy, a punto de asumir un nuevo paso en mi vocación, lo que más me mueve es esa misma palabra de Jesús: la paz. Una que nace del amor entregado, del perdón que reconstruye y de la justicia que abraza. Ésa es la paz que quiero anunciar con mi vida y con el ejercicio de mi ministerio.

Cada etapa de mi formación ha estado marcada por rostros concretos. A lo largo de mi camino jesuítico he recorrido diversas sendas, ya sea contemplando las lágrimas de las madres buscadoras o las manos callosas de los migrantes que cargan en el hombro sus mochilas y sus sueños. Acompañé por dos años el Programa de Búsqueda de Personas Migrantes Desaparecidas del Servicio Jesuita a Migrantes en México, y actualmente colaboro con el Servicio Jesuita a Refugiados en Latinoamérica y el Caribe. En quienes he compartido estos espacios he encontrado la voz del Evangelio. Aún siento el peso de la mano de doña Rosa, que todos los días limpiaba con esmero el retrato de su hijo desaparecido y se preguntaba si Dios también estaba buscándolo.

Todos ellos me han enseñado que la reconciliación es una urgencia vital indispensable para vivir dignamente, que implica compro-

Jesuita mexicano, apasionado por el seguimiento de Jesús pobre y humilde, la cocina y la defensa de los derechos humanos. Licenciado en Filosofía y Ciencias Sociales por el ITESO, actualmente cursa sus estudios teológicos en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y colabora con el Servicio Jesuita a Refugiados en Latinoamérica y el Caribe.



Foto: © Maximiliano Fernández Rojas, S.J.

miso personal y comunitario. Por eso, cuando pienso en el ministerio que asumiré y para el que me he formado todos estos años, lo primero que deseo es ser puente entre quienes no se entienden, entre quienes se rechazan y entre quienes han perdido la esperanza de volverse a encontrar. Quiero que allí donde esté destinado a servir la gente sepa que conmigo la mesa está servida para todas las personas. Que nadie necesita tener la vida resuelta para acercarse al altar y que el único requisito es tener hambre de sentido de vida, de amor, de compañía y de Dios.

Cada vez que pienso en la Eucaristía me conmueve la profundidad de lo que celebramos, ya que no es sólo un ritual; es un acto de fe en el que postulamos que otro mundo es posible, en específico, el Reino de Dios. Si creemos en esa promesa no nos quedaremos únicamente en la esperanza, sino que actuaremos en presencia de ese Reino, rompiendo barreras y construyendo comunión aquí y ahora. El cuerpo roto y entregado de Jesús nos une más allá de todas las diferencias. Cada celebración es un compromiso para vivir como quien da testimonio de que el amor y la justicia de Dios son posibles y que pueden hacerse realidad desde hoy.

Por ello me conmueven enormemente las palabras de Timothy Radcliffe en su confe-

rencia de 2025, durante las XXXIV Jornadas Nacionales de Pastoral Juvenil Vocacional, organizadas por la Conferencia Española de Religiosos:

Cuando celebramos la eucaristía recordamos que la sangre de Cristo es derramada «por ti y por todos». El misterio del amor en lo más profundo es a la vez particular y universal. Si nuestro amor es sólo particular, entonces corre el riesgo de volverse introvertido y sofocante. Si es solamente un vago amor universal por toda la humanidad, entonces corre el riesgo de volverse vacío y sin sentido.

Ese equilibrio entre lo particular y lo universal me ha marcado sobremanera, porque no quiero amar sólo a quienes me caen bien o piensan como yo, pero tampoco perderme en un amor abstracto que no toca ninguna herida real. Jesús me enseña a mirar con compasión lo concreto, a amar con mis manos y a acoger todos los nombres y sus historias con los que me he cruzado a lo largo de mi vida.

Ser ministro del altar será para mí un acto de amor que tratará de integrar a las personas que se han sentido excluidas. Cada vez que parta el pan lo haré con las manos temblorosas y el corazón encendido, mirando a los ojos de quienes el mundo ha arrinconado, diciéndoles sin palabras «este pan también es tuyo». No es limosna ni concesión, es su derecho más sagrado, la prueba de que Dios les ha reservado un lugar en esta mesa y que nadie puede arrebatárselos.

Jesús no ofrece una paz superficial: la suya no rehúye al conflicto ni teme a las heridas. Su paz ha pasado por la cruz y ahí radica su fuerza. Porque si la muerte no tuvo la última palabra, entonces tampoco la tienen el odio, la xenofobia, la homofobia, la indiferencia o la guerra, entre muchos otros modos de violencia y exclusión.



Esa certeza me ha sostenido muchas veces. La paz que quiero anunciar no es la tranquilidad de quien vive ajeno a los dolores del mundo, sino la paz que se construye en medio de las contradicciones. Quiero vivir y anunciar una paz que se pone del lado de los que sufren, que escucha a los que gritan y que abraza a quienes ya no creen en nada.

No quiero hacerlo desde un púlpito lejano, sino al ras del suelo, con los pies descalzos, acompañando, compartiendo y escuchando. Porque no hay paz verdadera sin empatía, sin justicia, sin memoria y sin la dignidad humana restaurada.

En estos años he conocido personas que han transformado mi perspectiva. Durante el magisterio conocí a mujeres que buscan incansablemente a sus hijos desaparecidos en las rutas migratorias, a hombres que cruzan fronteras por amor; a jóvenes que luchan por ser reconocidos en su dignidad, y a comunidades desplazadas por la violencia que continúan depositando su esperanza en Jesús.

No veo como «poblaciones vulnerables» a aquéllos que han estado junto a mí en el apostolado: son mis compañeros de vida. De algún modo han sido ellos quienes me han evangelizado con su fe, ternura y alegría, y que han contribuido a que mi vocación tenga sentido y me oriente para que Jesús sea el centro de mi vida.

No quiero ser el sacerdote de los discursos pulidos, sino el que se arremanga para partir el pan con las manos manchadas de tierra, como aquéllas que sostuvieron las fotos de sus hijas e hijos desaparecidos en Ciudad Juárez, Chihuahua. Quiero ser quien sepa detenerse, escuchar, callar, llorar y celebrar en comunidad. Alguien que sepa tocar las heridas sin miedo, así como ser bálsamo para curar los corazones rotos y las mentes perturbadas.

En este andar, más que respuestas, he buscado compañía y la he encontrado en Jesús. Él no me ha dado fórmulas exactas, pero ha caminado conmigo, acompañándome en mis alegrías más profundas y en mis tristezas más áridas. Me ha mostrado que la vocación se mantiene con la cercanía y la oración de quienes hoy puedo decir que son mis amigos y amigas. Ser compañero de Jesús significa elegir estar donde Él estaría: en los márgenes, andando por los senderos polvorientos de la vida y no en los palacios del poder y el privilegio.

Sueño con una Iglesia que se parezca más a Jesús y menos al Herodes del control religioso. Una Iglesia que escuche con atención antes de imponer, que acoja a toda persona que se acerca sin seleccionar sólo a las más calificadas, que sirva y celebre antes que administrar.

Hoy, más que nunca, creo que necesitamos ministros que vivan la paz como forma de estar en el mundo. Una paz como elección radical, solidaria y encarnada, y no como una consigna vacía o una postura neutral.

Me preparo para ser ordenado diácono con el corazón agradecido. No porque lo merezca, sino porque me siento profundamente llamado por Jesús a amar y servir a su modo. Aunque experimento temor, también hay una fuerte alegría porque sé que no camino solo, sino que me acompañan quienes que me han revelado el rostro de Cristo: comunidades que sueñan, jóvenes que buscan, religiosas que cuidan y personas que no se rinden.

Desde esa comunión quiero anunciar con mi vida que la paz es posible, que hay una mesa donde cabemos todos, que hay un pan que no se agota y que Dios no se cansa de salir a nuestro encuentro. Incluso cuando todo parece perdido, la vida puede abrirse paso si hay alguien dispuesto a sentarse a la mesa y compartir el Pan. ☞



EL CUENTO DE LA CRIADA: NADIE SE SALVA SOLO

Cristina Paloma Robles Muro

June, Luke y su hija Hannah huyen hacia el norte, desde Boston hasta Canadá. La ciudad ha sido tomada por el régimen de Gilead, un nuevo gobierno que, tras una guerra civil, ha derrocado a Estados Unidos e instaurado un sistema teocrático cristiano y absolutamente totalitario. El poder lo detentan exclusivamente los hombres, quienes imponen su voluntad mediante la violencia extrema. Así comienza el primer capítulo de la saga de *El cuento de la criada*, adaptación televisiva de la novela escrita en los años ochenta por la autora canadiense Margaret Atwood. Un relato que, con inquietante vigencia, resuena con fuerza en nuestro presente.

La travesía de esta joven familia se ve truncada cuando son interceptados por la milicia de Gilead, quienes capturan a June y a su hija y las entregan al régimen. Ambas son separadas y asignadas a funciones específicas: June es convertida en criada; Hannah, entregada a una familia perteneciente a la élite de Gilead.

En Gilead el miedo es la moneda de control. La obediencia, el único guion permitido para sobrevivir. Cada grupo de mujeres

es sometido a estrictas normas —incluida la vestimenta que las distingue— y el régimen, además de oprimir, divide, pues son ellas mismas quienes reproducen y perpetúan la violencia patriarcal. Por su parte, las criadas son reducidas a vientres útiles, con un grado de cosificación que revela la violencia sistemática ejercida dentro de los hogares: cada mes, durante sus días fértiles, se les obliga a mantener relaciones sexuales con el Comandante, mientras su esposa participa en la violación. A este ritual le llaman «la ceremonia», y los hijos que de aquí resulten pasan a ser propiedad de la pareja.

Y es que en Gilead la devastación ambiental y la caída en la tasa de natalidad son utilizadas como pretexto para imponer un sistema sangriento, legitimado por una lectura fundamentalista del Antiguo Testamento. Así, cada hijo procreado por una criada representa estatus para los señores de la casa.

Pero June se sale de la norma. Desafiando al régimen, se enamora de Nick, el chofer de la casa, quien —aunque forma parte del aparato represor como miembro de «los Ojos», la red de espionaje del Estado— comparte con ella una relación secreta que resulta en el nacimiento de una nueva hija, Nicholle. El sistema no lo permite: su hija será apropiada por los patrones. De permanecer en Gilead, Nicholle no podrá aprender a leer, a escribir, a pensar de forma crítica ni mucho menos a expre-

Es periodista y maestra en Ciencia Política y Sociología por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) sede Argentina. Su trabajo periodístico se ha enfocado en agendas de política, violencia y movimientos sociales. Actualmente es editora de la Revista *CHRISTUS*.



sar su opinión. June hará lo imposible por poner a salvo a su recién nacida, intentando sacarla clandestinamente de Gilead.

Nadie se salva solo

Incluso en medio de ese orden fundado en el miedo, la solidaridad sobrevive y brota en los gestos más mínimos: en silencios compartidos, en cartas que pasan de mano en mano, en historias que logran cruzar fronteras para dar testimonio del horror. En ese resquicio nace la esperanza de los personajes. Bajo el terror impuesto, una red clandestina llamada *Mayday* articula la resistencia. Sus aliadas y aliados arriesgan todo por su libertad.

A lo largo de la historia June se convierte en símbolo de lucha, transformación y resistencia. Su camino está marcado por la solidaridad, el coraje y, ¿por qué no?, también la venganza. De víctima se convierte en heroína que triunfa con el apoyo de las y los demás.

La resistencia en *El cuento de la criada* se presenta como un acto continuo de perdón: con la propia historia, con lo que June y los demás fueron y con lo que se vieron forzados a ser. A pesar de la herida, la protagonista y los suyos luchan por recuperar una libertad que va más allá de elegir: una libertad fundada en el amor a la vida, a una vida digna. Sólo así se entiende que June triunfe cuando

lo hace en comunidad, cuando lo colectivo toma lugar y revierte el miedo.

Las y los hijos de Gilead se convierten en estandarte: son la furia que los anima, y no es sólo es venganza, sino que en ellos se reconfigura la idea de perdón en tiempos oscuros.

En un mundo atravesado por guerras abiertas, donde corrientes conservadoras se apoderan de los poderes públicos, donde el cruce entre ficción y realidad es difuso, donde la paz ha sido reducida a una categoría vacía de contenido más que a un anhelo común, *El cuento de la criada* nos invita a mirar el presente como un terreno fértil para la esperanza.

Si contemplamos el recorrido de June, de las otras criadas, de las esposas, de las tías adoc-trinadoras, de las mujeres prostituidas en los sótanos de Jezabel y de aquellas esclavizadas en los campos de trabajo, resuena con fuerza el camino espiritual que propone san Ignacio en sus Ejercicios Espirituales. Un trayecto que comienza al reconocer el amor de Dios y confrontarlo con el pecado del mundo y el propio, para desde ahí despertar el deseo de conversión. Sólo así se puede pasar de la desolación a la consolación, del sometimiento a la libertad interior.

La historia de June, entonces, es también una llamada a mirar la realidad no solamente desde el dolor y el miedo, sino desde la maravilla de la vida nueva en medio de la desolación y de la resurrección como forma de esperanza.

June y las suyas resucitan una y otra vez para ver florecer la vida propia, la de sus hijas e hijos y la de los demás. En su historia resuena una verdad profunda: el único poder que no corrompe es el amor que no busca dominar, poseer o someter. Ese amor es el que Jesús encarnó.



CARTA DE AMOR DE UN ATEO ANTICLERICAL A UN PAPA JESUITA

Juan Carlos Zavala Jonguitud, S.J.

Este texto fue publicado en el sitio web de CHRISTUS el 29 de mayo de 2025: <https://bit.ly/47I5wAY>

El loco de Dios en el fin del mundo, libro escrito entre 2023 y 2024 por Javier Cercas, retrata el viaje de Francisco a Mongolia en septiembre de 2023. Este relato puede ser definido de muchas maneras. Puede considerarse una biografía, una crónica de viaje, una autobiografía, una bitácora antropológica o un *thriller* que busca desentrañar los oscuros secretos del enigmático Vaticano, gobernado por el vicario de Cristo en la Tierra. Pero creo que, entre todas las definiciones, la mejor de todas es que este libro es una carta de amor dirigida al propio Francisco. Con el pasar de las páginas, el argentino va emer-

giendo con toda su complejidad; poliédrico, como a él mismo le gustaba definir la Iglesia. El movimiento narrativo va mostrando, poco a poco, cuánto amor expresa un escritor ateo por el mayor líder cristiano en el mundo.

Es una carta de amor maduro, porque no intenta complacer al destinatario. La contradicción humana propia de Jorge Bergoglio, el periodo oscuro de ostracismo en Córdoba, sus conflictos con la Compañía de Jesús en Argentina y sus descalabros como pontífice... todo eso está presente. No vemos un amor adolescente que idealiza a la persona amada y encuentra nada más que la perfección encarnada. Al contrario, es un ejercicio que ama justamente porque conoce al amado. Mirar al Francisco pecador, como él mismo se reconocía, sólo realza su entrega amorosa y hace más difícil aprehender su persona en palabras.

Como toda buena carta de amor, el libro tiene una dosis mesurada de cursilería, a pesar de que nuestro autor, loco sin Dios autodeclarado, quiera evitarla a cada momento. Pero es imposible eliminarla por completo: ésta aparece en el diálogo poético con el cardenal

Jesuita mexicano, es licenciado en Filosofía y Ciencias Sociales por el ITESO. El trabajo con los pueblos originarios, la música y el acompañamiento a jóvenes son pasiones que han marcado su vida en la Compañía. Actualmente cursa estudios de Teología en Belo Horizonte, Brasil.



“Francisco también es una especie de remitente. Especialmente para nosotros como jesuitas y para aquéllos que conocen la espiritualidad ignaciana”.

Tolentino de Mendonça; se cuela en la sorprendente fraternidad creada con el Padre Ernesto, misionero italiano en el fin del mundo, y obviamente, brota a cada momento en la relación que van trazando Francisco y Javier. Poco a poco, lo que fue un inesperado y brusco cruce de caminos entre el escritor y el pontífice se torna en una caminata acompasada. Cada cual tiene su camino, su brecha, pero caminan juntos, sinodalmente.

Este ejercicio de amor generoso muestra que el amor de verdad no excluye ni encierra, sino que se comparte y abarca a todas las personas que rodean a quienes aman. Lo anterior se observa, sobre todo, en la relación amorosa de Javier Cercas con su madre enferma. El vínculo materno es, en cada página, un motor que moviliza al escritor para llegar hasta el fin del mundo. Sin saberlo, el autor español ama ignacianamente, poniendo el amor en las obras más que en las palabras. Su amor de descreído por su madre, ferviente creyente, le lleva por caminos sorprendidos y fascinantes.

Esta carta/libro nos recuerda cuán divertido, apasionante, desesperante y misterioso es el Amor. Porque al amar nunca tenemos total control de lo que acontece. Amar es, necesariamente, apertura a lo que la otra persona es y tiene. La pregunta que Javier Cercas quiere

hacer al papa es el hilo conductor del relato, impredeciblemente abierta, así como el amor. No es hasta el final cuando se nos revela el misterio: ¿es cierto que mi madre al morir se reencontrará con mi padre fallecido? ¿Es verdadera la resurrección de la carne y la vida eterna? Fiel al autor, no desvelo el desenlace, sólo puedo decir que vale la pena acompañarlo hasta el fin.

No puedo terminar este texto sin señalar que, en esta carta, Francisco también es una especie de remitente. Especialmente para nosotros como jesuitas y para aquéllos que conocen la espiritualidad ignaciana. Porque podemos ver reflejados en él gestos y rasgos propios del ser jesuita. Sus acciones expresan el sentido de nuestra identidad como Compañía de Jesús y de lo que nos hace ser lo que somos: pecadores llamados a servir a Dios en especial obediencia al papa. Por momentos quisiéramos tener al autor enfrente para decirle que no está entendiendo, o que quizá entiende bien pero no quiere aceptarlo. Que Francisco es así porque es jesuita, porque contempla a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en Él.

Esta carta de amor mira al más importante líder católico desde los ojos de un escritor ateo y anticlerical. En ésta, la vida creyente, aparentemente irracional, se mira con los ojos de la razón moderna; la inestable vivencia de ambas es lo que le da al libro su encanto. «El arte y la fe no pueden dejar las cosas como están: las cambian, las transforman, las convierten, las mueven». Estas palabras, pronunciadas por Francisco en un encuentro con artistas en la capilla Sixtina —Javier Cercas entre ellos— son una invitación para quien se aproxima a *El loco de Dios en el fin del mundo*. Leer este libro pide entrar con el ánimo de ser transformado por la fe y el arte. Es un excelente homenaje a nuestro hermano Francisco, loco de Dios, que nos sigue llamando a caminar hasta el fin del mundo. ☒





NO SÓLO DE PAN...

Maximiliano Fernández Rojas, S.J.

OCTUBRE

Domingo 5

«La fe verdadera es la que se arraiga en la confianza activa y humilde».

- Hab 1, 2–3; 2, 2–4
- Sal 94–2
- Tim 1, 6–8. 13–14
- Lc 17, 5–10

§ El profeta Habacuc clama ante la injusticia y la violencia: «¿Hasta cuándo, Señor?». Esta oración también brota del corazón de los descartados de la historia y de las personas que han atravesado situaciones de sufrimiento. Dios no calla; responde mostrando que «el justo vivirá por su fe», una fe arraigada en la realidad.

§ Pablo exhorta a mantener vivo el don recibido y a reconocer que la fe nos lanza con fuerza al amor. En tiempos de desesperanza el testimonio firme, paciente y esperanzador se convierte en anuncio del Evangelio.

§ El Evangelio nos revela que la fe auténtica no se mide por lo visible o grandioso, ya que su verdadera fuerza se manifiesta cuando transforma la vida desde dentro, reconfigurando las raíces más profundas. Jesús responde al pedido de «aumentar la fe» enseñando que la fe humilde es transformadora. El verdadero discípulo se dispone a servir con sencillez, como quien ha hecho lo que tenía que hacer y se aleja de la búsqueda de reconocimiento.

Quienes desean en todo amar y servir, viven esta fe activa. Aun sin ver resultados inmediatos, confían en la promesa de Dios y perseveran como siervos que saben en quién tienen puesta su esperanza. Danos, Señor, una fe que transforme desde la humildad y nos lance al compromiso.

Jesuita mexicano, apasionado por el seguimiento de Jesús pobre y humilde, la cocina y la defensa de los derechos humanos. Licenciado en Filosofía y Ciencias Sociales por el ITESO, actualmente cursa sus estudios teológicos en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y colabora con el Servicio Jesuita a Refugiados en Latinoamérica y el Caribe.

Domingo 12

«La salvación se manifiesta en la gratitud del que ha sido sanado en lo profundo».

- 2 Re 5, 14–17
- Sal 97
- 2 Tim 2, 8–13
- Lc 17, 11–19

§ Naamán, extranjero y poderoso, es sanado sólo cuando baja al río y se despoja de su orgullo. En el agua, símbolo de conversión, Dios sana su cuerpo y su corazón.

§ El salmo y la carta a Timoteo proclaman la fidelidad de Dios. Nos recuerdan que Él no abandona, ni siquiera cuando somos infieles, y esta certeza nos sostiene a lo largo de nuestras vidas.

§ De los diez leprosos curados por Jesús, sólo uno regresa a agradecer, y es un samaritano, el menos esperado. La gratitud se convierte en la huella de una fe viva y la salvación va más allá de curaciones superficiales; es un encuentro profundo con Jesús, capaz de encender en nosotros una confianza total.

§ La gratitud de los excluidos, de los pequeños y de los pobres es sincera, porque ellos reconocen que la salvación no se compra ni se merece; se recibe como don. Hoy también nosotros estamos llamados a regresar a Jesús, a caer a sus pies y agradecer la vida que Él nos ha devuelto.

Que nuestras heridas sanadas nos lancen a vivir con gratitud y a proclamar que Dios se encuentra en los márgenes de nuestra historia.



Domingo 19

«La oración es el grito persistente del pueblo que no se resigna».

- Éx 17, 8–13
- Sal 120
- 2 Tim 3, 14–4, 2
- Lc 18, 1–8

§ Pablo exhorta a proclamar la Palabra con paciencia, a tiempo y a destiempo. El anuncio del Evangelio exige perseverancia, sobre todo cuando la indiferencia o la injusticia parecen dominar.

§ La viuda del Evangelio clama por justicia ante un juez que no teme a Dios ni a nadie; su persistencia conmueve incluso a ese corazón endurecido. Jesús nos asegura que Dios, que es justo, escuchará el clamor de su pueblo.

§ La oración no es pasiva ni decorativa; es el clamor que brota del cuerpo y del alma herida, es resistencia espiritual. Hoy, muchas viudas, madres y comunidades empobrecidas claman por justicia, con la confianza de que Dios siempre escucha.

Señor, enséñanos a orar con insistencia, no para convencerte, sino para no resignarnos.



Domingo 26

«La oración verdadera nace de la verdad de quienes somos».

- Sir 35, 15–17. 20–22
- Sal 33
- 2 Tim 4, 6–8. 16–18
- Lc 18, 9–14

§ Dios no es sordo a la necesidad del huérfano ni de la viuda. La justicia de Dios no se inclina hacia el fuerte ni hacia el poderoso; se manifiesta en quien ora con el corazón roto. La oración de los pobres traspasa las nubes, dice el Eclesiástico.

§ Pablo, al final de su vida, da testimonio de una fe sostenida en la entrega: «He combatido el buen combate». Sabe que Dios lo ha acompañado y que le espera el encuentro definitivo con Él.

§ El fariseo ora desde su vanagloria; el publicano, desde su miseria. Jesús declara justo a quien se reconoce pecador: no es el prestigio, el cargo ni el cumplimiento externo lo que cuenta; lo que realmente tiene peso es la verdad que habita en el corazón de cada persona.

§ Esta parábola nos confronta como Iglesia: ¿cómo oramos?, ¿desde la superioridad o desde la humildad? Las comunidades heridas, silenciadas y perseguidas tienen mucho que enseñarnos; oran desde abajo, desde la verdad de quienes son.

Que nuestra oración brote de la tierra, de los escombros, de nuestras historias, y que allí nos encontremos con el Dios que escucha y nos sostiene.





NOVIEMBRE

Domingo 2

«Cristo nos invita a dar la vida para alcanzar la plenitud».

- Dn 12, 1–3
- Sal 121
- 2 Cor 5, 1. 6–10
- Jn 12, 23–28

§ El profeta Daniel anuncia que los sabios resplandecerán como estrellas eternas. No alude a una inteligencia de tipo académico; expresa la lucidez de quienes, al entregar su vida por los demás, logran encender luz en medio de las sombras.

§ Pablo nos recuerda que vivimos en una tienda frágil, pero es consciente de que en el corazón de los cristianos habita la certeza de una casa definitiva. Como cristianos no nos quedamos esperando la eternidad sin actuar, ya que nuestras obras nos siguen como signo de fidelidad al Evangelio.

§ Jesús se turba, sí, pero no huye. Eleva su corazón al Padre, pide glorificar su nombre y no el suyo. Así revela que la verdadera gloria no se busca subiendo peldaños, ésta aparece cuando la vida se ofrece enteramente en favor de los demás.

Jesús, que nos recuerda que el sufrimiento no tiene la última palabra, nos invita a vivir como granos de trigo que, al morir a sí mismos, dan fruto abundante.

Domingo 9

«El templo vivo de Dios se construye desde la fidelidad y el compromiso que surge de la relación con Él».

- Ez 47, 1–2. 8–9. 12
- Sal 45
- 1 Cor 3, 9–11. 16–17
- Jn 2, 13–22

§ El profeta Ezequiel contempla un río que brota del templo y da vida a todo lo que toca. En el sitio en el que fluye el agua viva, la muerte retrocede. El paso de Dios por nuestras historias es como el agua que da frutos por donde pasa.

§ Pablo afirma que somos el campo que Dios cultiva, el edificio que construye. Su trabajo ha sido poner cimientos seguros: Jesucristo mismo. Pero cada uno, en su libertad, ha de saber qué construir sobre esta base.

§ Jesús entra al templo y lo purifica. No tolera que el comercio ocupe el lugar de la gratuidad. Su gesto no es violencia sin sentido, sino acto profético que denuncia la mercantilización de lo sagrado.

§ Él mismo se convierte en el nuevo templo, en la presencia de Dios entre nosotros. Su cuerpo crucificado y resucitado es la morada verdadera. Allí aprendemos que el culto más profundo es el de una vida entregada.

Jesús, que nos invita a profundizar en nuestra experiencia de Dios, rechaza frontalmente que hagamos de nuestra relación con Dios una mercancía.





Domingo 16

«Jesús anuncia la esperanza activa».

- Mal 3, 19–20
- Sal 97
- 2 Tes 3, 7–12
- Lc 21, 5–19

§ Malaquías expone que la arrogancia y la injusticia son como paja que será consumida en el día ardiente. El sol de justicia, en cambio, alumbrará a quienes se abren al bien y caminan con confianza en el Señor.

§ Pablo invita a trabajar con las propias manos. En tiempos de incertidumbre no basta con esperar el fin: hay que construir sentido con gestos concretos. La esperanza no es pasiva, pues nace del encuentro con el Señor y nos lleva a comprometernos con Él y su proyecto.

§ Jesús no nos libra del conflicto, sino que promete acompañarnos y darnos la sabiduría para enfrentarnos a las injurias. Desde esta perspectiva, las adversidades no son el final; antes bien, son ocasión para dar testimonio de nuestra fe con la confianza de que, en medio de la prueba, Dios mismo nos sostiene y nos inspira palabras y firmeza.

§ Ante la admiración por la belleza del templo, Jesús no se deja deslumbrar. Él ve más allá de las apariencias y recuerda que todo lo humano, incluso lo más sagrado, es frágil. Lo que importa no es lo que se ve; lo que nos sostiene es aquello que no es evidente a los ojos.

En este tiempo Jesús nos llama confiar en que «ni un cabello se pierde de nuestra cabeza» cuando vivimos desde la fe que nos lanza al amor.

Domingo 23

«En la cruz, Jesús sigue teniendo entrañas de misericordia».

- 2 Sam 5, 1–3
- Sal 121
- Col 1, 12–20
- Lc 23, 35–43

§ El pueblo reconoce a David como pastor y rey. Este reconocimiento no responde a una imposición externa, sino de haber compartido el camino con ellos y de haber cuidado sus vidas con dedicación entrañable. Ese estilo de reinar es el que Dios valora, el que nace de la relación fraterna y no del poder.

§ En la carta a los colosenses se presenta a Cristo como cabeza del cuerpo. Él es principio de una nueva humanidad encaminada a reconciliar y no a dominar. Cuando se tiene en el centro de la vida a Cristo, se cree que todo fue creado en Él y para Él.

§ Jesús no baja de la cruz: permanece clavado, no por orgullo, sino porque su entrega lo hace más humano que nunca. Es en esa misma cruz, que padece hasta el extremo, en la que identifica al justo que desea ser recordado por Él.

§ El buen ladrón no pide milagros, sólo memoria. Jesús lo mira y le promete hoy mismo la vida en plenitud. No se trata de un sistema de premios o castigos, sino una gracia capaz de transformar incluso los últimos momentos de la vida.

Jesús, enséñanos a amar a tu manera, estando cerca de quienes sufren, perdonando y dando a conocer que tu misericordia es para todas las personas.





Domingo 30

«Vigilar no es temer, es despertar
para acoger la vida».

- Is 2, 1–5
- Sal 121
- Rom 13, 11–14
- Mt 24, 37–44

- § Este domingo comenzamos un nuevo año litúrgico que nos invita a abrir de nuevo el corazón a la esperanza. El Adviento no es una espera vacía; es preparación activa en la que se dispone el corazón al encuentro con la ternura de Dios.
- § Isaías sueña con una humanidad que sube al monte de Dios para aprender sus caminos. Nos invita a soltar las espadas y caminar el sendero de la paz.
- § Pablo nos despierta con firmeza del letargo, ¡ya es hora de sacudarnos la indiferencia! La salvación no está lejos, está aconteciendo. Vestirnos de Cristo es decidarnos a vivir en relación con Él desde la honestidad, la compasión y la luz.
- § El Evangelio recuerda los días de Noé cuando todos vivían distraídos y el diluvio los sorprendió. Jesús no quiere que temamos el fin, más bien que pongamos nuestra atención en lo esencial y estemos vigilantes. Vigilar es cuidar nuestras acciones, reconocer de dónde vienen y a dónde nos llevan.

El Adviento es una invitación a caminar con los ojos bien abiertos y reconocer a Dios que viene a nuestro encuentro en lo cotidiano.



Ilustración: © Tzitzí Santillán





DICIEMBRE

Domingo 7

«Dios prepara un camino donde brota la justicia y la paz».

- Is 11, 1–10
- Sal 71
- Rom 15, 4–9
- Mt 3, 1–12

§ El profeta Isaías anuncia que un retoño brotará del tronco seco. La promesa no se apoya en apariencias ni en el poder humano; su fuerza proviene de la fidelidad de Dios, que hace germinar vida nueva incluso donde todo parecía perdido.

§ El Espíritu de Dios descansa sobre el retoño esperado. Los dones de sabiduría, consejo, fortaleza y temor de Dios se harán presentes en quien ejerza el poder con justicia y equidad. El lobo habitará junto al cordero, no por ingenuidad, sino por la transformación radical que Dios obra cuando reina el amor.

§ En el Evangelio Juan el Bautista nos llama a preparar el camino del Señor con obras concretas. Su mensaje no suaviza la urgencia del arrepentimiento, porque el Reino exige conversión real. Esta conversión no ocurre en un único instante; más bien, se trata de un proceso cotidiano que dispone nuestro corazón al encuentro con Jesús, quien bautiza con Espíritu Santo y fuego.

§ La esperanza se cultiva en medio de la exigencias propias de la cotidianidad. La paz no llega como adorno; brota cuando hay justicia, por la que hay que trabajar todos los días, y que surge de nuestra fe en Jesucristo. En este Adviento estamos invitados a allanar caminos y a abrirnos a la presencia de Jesús que purifica y renueva.

Caminemos hacia la justicia de Dios con valentía y no desde la distancia de quienes observan sin comprometerse. Avancemos como protagonistas que hacen brotar la paz en cada gesto de nuestra vida.

Domingo 14

«La alegría verdadera nace en los que esperan con paciencia activa».

- Is 35, 1–6. 10
- Sal 145
- Sant 5, 7–10
- Mt 11, 2–11

§ La invitación de Isaías es a alegrarse por la presencia de Dios en la historia. El desierto florecerá, los ciegos verán, los cojos saltarán. Estas imágenes no expresan consuelo fácil; reflejan una esperanza que transforma lo árido en camino fértil.

§ La carta de Santiago nos recuerda que esperar no equivale a cruzarse de brazos. Así como el campesino cuida con paciencia lo sembrado, también nosotros debemos cuidar los brotes de vida y consuelo que germinan.

§ Juan el Bautista, desde la cárcel, busca confirmar si Jesús es el esperado. Jesús responde desde los vínculos que ha generado con los excluidos: los ciegos reciben la vista, los cojos andan, los pobres son evangelizados, y en esos vínculos la vida brota, confirmando su identidad de hijo de Dios.

§ La alegría que celebramos hoy no depende de que todo esté resuelto, sino que nace de la certeza de que Dios ya está actuando en nuestra historia. Su Reino se hace visible en los pequeños gestos de sanación y de esperanza.

Alégrate, Iglesia peregrina, porque el Señor ya camina contigo. Su presencia se deja ver en cada rostro que recupera la vida.





Domingo 21

«Dios se encarna en la cotidianidad de nuestras vidas para habitar entre nosotros».

- Is 7, 10–14
- Sal 23
- Rom 1, 1–7
- Mt 1, 18–24

§ Isaías anuncia un signo inesperado: una joven dará a luz un hijo y su nombre será Emmanuel, «Dios con nosotros». Esta promesa no se impone con estruendo, más bien se encarna en la historia concreta de un pueblo que necesita consuelo.

§ La carta a los Romanos presenta a Jesús como descendiente de David «según la carne» e Hijo de Dios con poder, y nos recuerda la invitación de pertenecerle con todo lo que ello implica, principalmente la misión. Ser de Jesucristo significa volcar nuestra vida a la santidad, que no es más que estar atentos para reconocer la voluntad de Dios en nuestra vida y seguirla.

§ Mateo nos presenta la lucha interior de José, su confusión ante lo incomprensible y su fidelidad profunda ante lo que parece no tener sentido. Él acoge a María movido por la fe y la convicción de formar parte de algo más grande que él, no por obligación. Así participa de la historia de salvación como testigo humilde y valiente.

En este domingo el Adviento nos conduce a reconocer que Dios habita en lo sencillo. Su proyecto no se impone desde arriba, más bien se revela en quienes están prestos y diligentes a escuchar y se disponen a acoger su Buena Noticia. Dios está cerca, su Palabra se hace carne en quienes se abren al misterio y confían, incluso en medio de la incertidumbre.

Domingo 28

«La familia de Nazaret revela que Dios habita en el amor entre las familias».

- Sir 3, 3–7. 14–17
- Sal 127
- Col 3, 12–21
- Mt 2, 13–15. 19–23

§ El libro del Eclesiástico nos recuerda que honrar al padre y a la madre es una forma de vivir la sabiduría de Dios. La ternura y el cuidado hacia quienes nos dieron la vida también se convierten en medicina para el corazón.

§ La carta a los colosenses nos invita a revestirnos de compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia. Vivir en comunidad, en familia o en Iglesia no es fácil. Por eso el perdón y la gratitud no son añadidos, sino elementos esenciales para sostener los vínculos desde el amor.

§ El Evangelio muestra a José protegiendo a su familia en medio de amenazas. Jesús no nace en un contexto ideal y su infancia transcurre entre huida, exilio y retorno. Sin embargo, en ese camino Dios guía y el amor familiar es lo que posibilita seguir caminando.

§ La Sagrada Familia se distingue por su capacidad de acoger la voluntad de Dios y de cuidarse mutuamente. En ellos vemos que el amor familiar es un lugar privilegiado de salvación.

Hoy damos gracias por tantas familias que, a pesar del dolor, siguen creyendo, acogiendo y acompañándose; en ellas el Niño Jesús sigue naciendo.



LAS PALABRAS DEL PAPA

Discurso del papa León XIV en el Ángelus, 22 de junio de 2025



«Continúan llegando noticias alarmantes desde Oriente Medio, sobre todo desde Irán. En este escenario dramático, que incluye a Israel y Palestina, corre el riesgo de caer en el olvido el sufrimiento diario de la población, especialmente de Gaza y los demás territorios, donde la necesidad de una ayuda humanitaria adecuada es cada vez más urgente».

«Hoy más que nunca, la humanidad clama y pide la paz. Es un grito que exige responsabilidad y razón, y no debe ser sofocado por el estruendo de las armas ni por las palabras retóricas que incitan al conflicto. Todo miembro de la comunidad internacional tiene la responsabilidad moral de detener la tragedia de la guerra, antes de que se convierta en una vorágine irreparable. No existen conflictos “lejanos” cuando está en juego la dignidad».

«La guerra no resuelve los problemas, sino que los amplifica y produce heridas profundas en la historia de los pueblos, que tardan generaciones en cicatrizar. Ninguna victoria armada podrá compensar el dolor de las madres, el miedo de los niños, el futuro robado. ¡Que la diplomacia haga callar las armas! ¡Que las naciones tracen su futuro con obras de paz, no con la violencia ni conflictos sangrientos!».

Llamamiento, 18 de junio de 2025

«El corazón de la Iglesia está desgarrado por los gritos que se elevan desde los lugares en

guerra, en particular desde Ucrania, Irán, Israel y Gaza. ¡No debemos acostumbrarnos a la guerra! Al contrario, hay que rechazar como una tentación el encanto de las armas poderosas y sofisticadas».

«En realidad, ya que en la guerra actual “al emplear en la guerra armas científicas de todo género, su crueldad intrínseca amenaza llevar a los que luchan a tal barbarie, que supere, enormemente la de los tiempos pasados” (Concilio Vaticano II, Const. Past. *Gaudium et spes*, 79). Por tanto, en nombre de la dignidad humana y del derecho internacional, repito a los responsables lo que solía decir el papa Francisco: “¡La guerra es siempre una derrota!”. Y con Pío XII: “Nada se pierde con la paz, todo puede perderse con la guerra”».

Vigilia de oración, 15 de septiembre de 2025

«La verdadera consolación que debemos ser capaces de transmitir es la de mostrar que la paz es posible, y que brota en cada uno de nosotros si no la sofocamos. Que los responsables de las naciones escuchen particularmente el grito de tantos niños inocentes, para garantizarles un futuro que los proteja y los consuele. En medio de tanta prepotencia, estamos seguros, Dios no dejará que falten corazones y manos que lleven ayuda y consolación, constructores de paz capaces de animar a quienes están en el dolor y la tristeza». ☩



EN NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO

El próximo número estará dedicado a las teologías desde Abya Yala, una mirada urgente y necesaria para comprender cómo las mujeres y sus comunidades, desde sus territorios, lenguas, espiritualidades y memorias, han sostenido una reflexión teológica profunda y liberadora.

Abya Yala no es sólo una manera de enmarcar lo latinoamericano; es una postura frente al mundo que reconoce los saberes silenciados por la colonización y que visibiliza las luchas que, desde los márgenes, han tejido una espiritualidad cotidiana, comunitaria y resistente. Esta edición recoge voces, testimonios y caminos teológicos nacidos en las montañas, los ríos, las lenguas originarias y la vida compartida.





ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

Porque un mundo
mejor es posible,
creamos lo extraordinario



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

LIBRES PARA TRANSFORMAR



AUSJAL

33 3669 3434

iteso.mx

